TOMÁS LUCEÑO y FEDERICO REPARAZ

El rival de sí mismo

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ESCRITO SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA EXTRANJERA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909



EL RIVAL DE SÍ MISMO

EL RIVAL DE SÍ MISMO

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

escrito sobre el pensamiento de una obra extranjera

POR

TOMÁS LUCEÑO y FEDERICO REPARAZ

Estrenado en Madrid, en el COLISEO IMPERIAL; en Bilbao, en el TEATRO OLIMPIA, y en Pamplona, en el TEATRO GAYARRE, en la tarde del día 24 de Diciembre de 1908



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1909

REPARTO EN MADRID

PERSONAJES		ACTORES
GABRIELA....................	SRA.	MESA.
MATILDE....................		OREJÓN.
DOÑA DAMIANA.............		VEDIA.
CECILIA......................	SRTA.	MUÑOZ SAMPEDRO.
VICTORIA....................		AZÚA.
LUCIANO	SR.	VICO (D. José).
ESTEBAN		MAXIMINO.
DON TADEO..................		ESPEJO.
GUSTAVO.....................		RAMOS.
DUQUE DE GANDESA.......		VILLARREAL.
VIZCONDE DE ROCAPELADA		ISBERT.
RAMONET.....................		SÁEZ.
CASANOVA...................		FONSECA.
BERNAR.......................		SÁEZ.
BARÓN DE TABLADA.......		RUIZ.
JAIME..........................		FONSECA.
UN INSPECTOR..............		ISBERT.

La acción en Barcelona.—Época actual

Derecha é izquierda, las del espectador

REPARTO EN BILBAO

PERSONAJES		ACTORES
GABRIELA	SRTA.	ZIUR.
MATILDE	SRA.	NEVARES.
DOÑA DAMIANA		ESPEJO.
CECILIA	SRTA.	GUERRA.
VICTORIA		CÁMARA.
LUCIANO	SR.	VENEGAS.
ESTEBAN		DEL CID.
DON TADEO		NORRO.
GUSTAVO		NAVARRO.
DUQUE DE GANDESA		PORTILLO.
VIZCONDE DE ROCA PELADA		TRESCOLI.
RAMÓNET		ALCAIDE.
CASANOVA		NIETO.
BERNAR		PORTILLO.
BARÓN DE TABLADA		LÓPEZ.
JAIME		ALCAIDE.
UN INSPECTOR		RODRÍGUEZ.

REPARTO EN PAMPLONA

PERSONAJES		ACTORES
GABRIELA	Sra.	Comendador
MATILDE	Srta.	Herman.
DOÑA DAMIANA	Sra.	Parejo.
CECILIA		Servet.
VICTORIA	Srta.	Blazquez.
LUCIANO	Sr.	Montenegro.
ESTEBAN		Bassó.
DON TADEO		Vigo.
GUSTAVO		Valle.
DUQUE DE GANDESA		Pastor.
VIZCONDE DE ROCA PELADA		Carmona.
RAMONET		Lombía.
CASANOVA		Navarro.
BERNAR		Romero.
BARÓN DE TABLADA		Romero.
JAIME		Navarro.
UN INSPECTOR		Estrella.



ACTO PRIMERO

Sala en casa de Luciano. Puerta al foro y cuatro laterales. Muebles modernistas. Primera derecha, un sofá. Primera izquierda, una mesa con recado de escribir y una silla. Ambiente de lujo y de comodidad.

ESCENA PRIMERA

LUCIANO en el foro leyendo un periódico, después VICTORIA y luego ESTEBAN

VIC. (Después de breve rato en que Luciano ha estado leyendo.) Señor: ahí está el señorito Esteban.

LUC. Que pase. (Vase Victoria. Deja el periódico sobre el velador. Entra Esteban por el foro.) Hace cuatro días que no te veo por ninguna parte.

EST. Como te hallabas en plena mudanza, no te quería molestar. . (Examinando curiosamente la sala.) ¡No es malo el nuevo domicilio!

LUC. Cuando estemos completamente instalados, verás qué bonito resulta. (Se sientan.)

EST. ¿Y cómo yéndote perfectamente en la calle del Hospital, te has mudado á la plaza de San Jaime?

LUC. Porque la plaza de San Jaime está más lejos de la plaza de Cataluña.

EST. Entendido. ¿Has querido alejarte de Cecilia, tu amiga predilecta?...

LUC. ¡Sí!

EST. ¡Qué inocente! ¡Si en el momento de casarte con Gabriela, hubieras roto con Cecilia!...

LUC. ¡Imposible! Ya conoces la historia de mi matrimonio. Mis padres, sin contar conmigo, acordaron mi boda con Gabriela, joven y rica. Estaba enamorado de Cecilia, pero, como yo no era más que un médico sin clientela y nada podía esperar...

EST. ¿No tienes un tío en América?

LUC. Sí, pero tiene hijos y no le conozco ni de vista. No podía vacilar: por eso contraje matrimonio y seguí visitando á Cecilia.

EST. ¡Qué cosas tan raras te ocurren siempre!

LUC. Al fin me enamoré de la que hoy es mi esposa y empecé á odiar á Cecilia. Cada día la detesto más, sobre todo desde que sé que no puedo librarme de ella.

EST. ¡Verdad! ¡Estás ligado y prisionero por el famoso juramento de 27 de Mayo 1902! ¡Bien me acuerdo, en una jira campestre, allá en lo más picudo del Monte Tibidabo!... Más arriba, el cielo despejado y puro, más abajo el hermoso panorama que ofrecía Barcelona, más abajo el mar reposado y tránquilo, como preparándose á escuchar tus falsas promesas... más bajo todavía...

LUC. Sí, hombre, sí; más bajo... porque te va á oir mi mujer.

EST. (Hablando bajito.) En resumen, que le juraste no abandonarla nunca mientras ella no te fuera infiel. ¿No es eso?

LUC. Así fué.

EST. ¿Y es posible que una muchacha tan bonita y tan solicitada por todos, no te haya engañado nunca?

LUC. ¡Esa no es una mujer; por lo fiel, más bien parece una perra de Terranova!

EST. ¿Y tu esposa sigue teniendo confianza en tí?

LUC. Está algo escamada, y ya me ha amenazado con armarme el primer escándalo el día en que sus dudas se conviertan en realidades. Como Cecilia me envía muy á menudo cartitas urgentes, ó me avisa por teléfono... Anoche Gabriela se enfadó conmigo y se

encerró en su cuarto, echando las dos vueltas á la llave.

EST. ¿Y dónde dormiste?

LUC. Donde dormiré de hoy en adelante, en esa alcoba, junta á la suya. (Desesperado.) ¡El hombre que engaña á su mujer es un idiota!

EST. Te conoces.

LUC. Y el que maldice de su suegra, más... A mí nunca me molestó la mía. Sólo por complacerme tuvo la bondad de morirse el año pasado. ¿Por qué no hará lo mismo la madre de Cecilia? ¿La conoces?

EST. ¿A la señora doña Damiana Benítez... viuda de... su difunto esposo?

LUC. Sí, ayer ha debido hacer alguna de las suyas, porque me ha mandado recado Cecilia de que vaya á su casa, y ten entendido que ni voy ni iré.

EST. (Burlón.) ¡Bien por los hombres enérgicos!

LUC. (Decidido.) ¡Tú eres el que vas á ir!

EST. ¿Yo?... ¿Para qué?

LUC. Para decirla que estoy de ella y de su mamá hasta la punta de los pelos, y que quiero que esto cese inmediatamente.

EST. Sé que doy un paso inútil, pero tú lo quieres, y por tanto te obedeceré. Adiós, pues; volveré muerto ó triunfante.

LUC. (Acompañándole hasta la puerta.) ¡Que quiero que esto cese inmediatamente, así, clarito, y que hagan el favor de no volverme á ver en su vida!

EST. ¿Y si piden indemnización?...

LUC. Se la ofreces, pero no se la das. (Vase Esteban foro.)

ESCENA II

LUCIANO, GABRIELA. Después VICTORIA

LUC. (Acercándose cariñosamente al ver entrar á Gabriela por la primera izquierda.) ¡Mi querida Gabrielita!

GAB. (Con cierta ironía.) ¡Mi querido Lucianito!... ¿Qué haces aquí tan solo?

LUC. Pensar.. en mis enfermos; y voy á serte franco. Estaba preocupado con una idea que me inquieta bastante. Tú me has dicho que si algún día llegara yo á faltarte, me pagarías en la misma moneda. Esto ha sido una broma, ¿verdad?

GAB. Te lo he dicho con la firme voluntad de llevar á cabo mi propósito.

LUC. Bien sabes que jamás te he sido infiel, ni aun con el pensamiento.

VIC. (Por el foro.) Señorito, están ahí dos señoras...

LUC. No estoy para nadie.

VIC. La más joven dice que en cuanto el señor oiga su nombre, las recibirá. Se llama Cecilia...

LUC. (Vivamente.) ¿Se quiere usted callar?

VIC. (Apurada.) ¿Pero tengo yo la culpa de que se llame Cecilia?

GAB. ¿Y quién es esa señorita?

LUC. Una cliente... una viuda anciana.

VIC. ¡No señor, es una mujer joven!

LUC. (Furioso.) ¡Largo de aquí, estúpida! (Victoria se encoge de hombros y vase.)

GAB. Recibe á esa señorita, pero acuérdate que el día que yo te pesque..

LUC. ¡Ya lo sé, mujer, te van á oir los sordos!

GAB. ¡Los sordos, no; tú sólo y me bastará! (Vase primera izquierda. Entran Cecilia y doña Damiana por el foro lujosamente vestidas.)

ESCENA III

LUCIANO, CECILIA y DOÑA DAMIANA

CEC. (Algo disgustada.) Buenos días, Luciano.

LUC. ¿Vosotras aquí? ¿Pero tenéis el tupé de presentaros en una casa respetable?

DAM. (Con dignidad.) Yerno, ¿es que acaso nosotras no somos respetables?

LUC. ¡Le prohibo á usted que me llame yerno!

CEC. (Interviniendo.) ¡No seas arisco con mamá! ¡Tú siempre la has permitido!....

LUC. ¡He hecho muy mal! (A doña Damiana.) ¡Yo soy el doctor Bernar, y usted doña Damiana á secas...! Acabemos: ¿cuál es el objeto de esta visita?

DAM. Pues mira, yerno..

LUC. (Vivamente.) ¡Dale! (A Cecilia.) ¡Habla tú!

CEC. Cálmate, Luciano... Tú eres un buen mozo...

LUC. No lo niego.

CEC. Muy simpático...

LUC. Conformes.

CEC. Y además eres guapísimo.

LUC Gracias.

CEC. Pero cuando te enfadas, pierdes todos tus encantos personales.

LUC. ¡Lamento tan irreparable pérdida!

CEC. Yo estoy enamorada de tí...

DAM. Mejor dicho: nosotras estamos enamoradas de tí... (Gesto de repugnancia en Luciano.)

CEC. Ya sabes que mamá tiene el genio un poco vivo... En el primer momento mata á un hombre.

LUC. ¿Y en el segundo?

DAM. Le pido perdón y tan amigos.

CEC. Ayer comimos en el Hotel Colón...

LUC. ¡Acabáramos de una vez...! ¡Venga la cuenta!... (Mirando la nota que le entrega Cecilia; estupefacto.) ¡Qué atrocidad!... ¡Setenta y cinco pesetas! Pero si allí cuesta el cubierto cinco... ¿O es que se han comido ustedes quince cubiertos de á duro?

DAM. ¡Fíjate bien y lo sabrás, yerno!

LUC. (Indignado.) ¡Cállese usted! (Leyendo de nuevo.) «Puré... Langosta á la mayonesa... Entremeses... Cristales y porcelana...» ¿Pero han comido ustedes cristales y porcelanas?

DAM. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué salero tiene este hombre! (A Cecilia.) Cuando yo te dije que no se incomodaría...

LUC. (Terrible.) ¡Basta!

CEC. (Interviniendo.) Deja que yo te lo explique. Nos sirvieron muy despacio... mamá se impacientó, luego se enfureció, y encarándose con el mozo, le llamó tren botijo. El camarero cometió la imprudencia de replicarla: «Si

yo soy un tren botijo, usted en cambio es una locomotora descarrilada.»

DAM. Mira, yerno, llamarme descarrilada. .

CEC. (Interrumpiéndola.) ...Y tirarle una botella de agua de Seltz á la cabeza, fué obra de un momento...

LUC. (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Qué barbaridad!

DAM. ¿La del mozo...?

LUC. ¡La de usted! ¿Y qué hizo el camarero?

CEC. Pues perder el equilibrio y dejar caer la fuente que contenía la langosta á la mayonesa sobre el pantalón de un caballero, que comía en la mesa inmediata.

LUC. (Riendo á su pesar.) ¡Doña Damiana...!

CEC. Aquel señor se puso furioso y nos increpó. Mamá se levantó para replicarle violentamente ..

DAM. Se enreda el mantel en un corchete de mi blusa, y caen al suelo, hecho trizas, fuentes, platos, copas, las botellas del vino, en fin, todo lo que había en la mesa.

CEC. ¡Gritos, amenazas, un escándalo horrible! ¡Aquello parecía una sesión del ayuntamiento!

DAM. Pero yo, exclamo á gritos: «¡Señores: el que se sienta agraviado puede acudir cuando quiera á casa de mi yerno, don Luciano Bernar, Plaza de San Jaime, número ocho, cuarto bajo! ¡Hay ascensor!

LUC. (Con voz sofocada, dirigiéndose á doña Damiana.) ¿Pero dijo usted «mi yerno» claramente?

CEC. Pues si no hubiera sido por eso, no nos hubiesen dejado marchar.

LUC. (Rabioso.) ¡Me han hecho ustedes insoportable la existencia!

CEC. (Vivamente.) ¿Eso quiere decir que deseas abandonarnos?

DAM. ¡Y que olvida usted su juramento en aquella hermosísima tarde de primavera!...

LUC. (Con marcada intención.) ¡Sí, señora: de primavera, de primavera!

CEC. Mientras yo no te sea infiel, no puedes abandonarme sin exponerte á...

LUC. ¡A que tu madre me tire á la cabeza una botella de agua de Seltz!

CEC. En cambio, yo te daré todas las pruebas de amor que me pidas...

DAM. Te daremos todas las pruebas de amor...

LUC. (De repente.) Toma las setenta y cinco pesetas, y en prueba de amor, márchense ustedes inmediatamente. (Saca la cartera, y al ir á entregar los billetes de Banco á Cecilia, se interpone doña Damiana y los coge rápidamente.)

CEC. (Subiendo.) Ya ves que te obedecemos. (Ya en el foro.) Tengo que darte una noticia agradable: hemos alquilado un cuarto en esta misma Plaza, dos casas más abajo de ésta. (Vanse ambas por el foro.)

LUC. (Sólo, aterrado; bajando al proscenio.) ¡Me voy á divertir! ¿Para qué me habré mudado?... ¡Y el pobre Esteban ha dado el paseo inútilmente y habrá encontrado la puerta cerrada!...

ESCENA IV

LUCIANO y ESTEBAN

EST. (Por el foro; fingiéndose muy agitado.) Soy yo. (Se deja caer en una butaca.)

LUC. Esteban, dispensa si...

EST. Vengo de su casa, las he visto.

LUC. (Estupefacto.) ¿Estaban allí?

EST. Sí. ¡Doña Damiana, furiosa!. . He necesitado una hora para calmarla. Cecilia más furiosa todavía: á esa la he calmado en cinco minutos. Las he hablado en tu nombre con toda energía. Las he dicho que ya estás harto y que todo ha terminado entre vosotros... Me han armado una chillería espantosa, pero las he convencido y hemos quedado... en que todo seguirá como hasta aquí... ¡Creo que me he portado!

LUC. (Irónico.) ¿Y para qué me llamaba Cecilia?

EST. Se me ha olvidado preguntárselo.

LUC. ¡Pues yo te lo voy á decir! Comieron ano-

che en el Hotel Colón. Doña Damiana le tiró al camarero una botella de agua de Seltz á la cabeza, y el mozo dejó caer una langosta á la mayonesa sobre el pantalón de un parroquiano.

EST. (Riendo.) ¡Ja, ja; graciosísimo!... (Serio de pronto.) Y tú, ¿cómo lo sabes?

LUC. Cecilia y su madre acaban de salir de aquí. ¿No las has encontrado?

EST. (Turbado.) No. (Aparte.) Yo estaba en el piso de arriba.

LUC. ¿Luego no has ido donde te he mandado?

EST. Francamente, no. Me tienes harto de este género de comisiones. Desde que te conozco, tú haces las tonterías y siempre soy yo el que paga los vidrios rotos. Después de todo, Cecilia no tiene nada que ver conmigo. (Levantándose.)

LUC. ¡Yo te juro que no durará esto mucho tiempo!

EST. ¡Acuérdate de tu juramento y mientras ella te sea fiel!...

LUC. Es que he descubierto un medio ingeniosísimo para lograr que me engañe... (Se sienta.)

EST. ¡Ay, Luciano, desconfío de tus medios ingeniosísimos y de tus ideas luminosas!

LUC. Cecilia me engañará muy pronto. Dispongo del seductor ideal y á quien las mujeres no resisten.

EST. (Asombrado.) ¿Cuál es?

LUC. Abre bien los ojos. ¿A quién ves?

EST. (Mirando á Luciano.) A un imbécil.

LUC ¡No gastes bromas, hablo en serio!

EST. Y yo también. Continúa.

LUC. Hoy priva en Barcelona todo lo que es extranjero. La música de Wagner y el cakewalk, el romperse la crisma en los automóviles y los pelotaris.

EST. Cada vez te entiendo menos.

LUC. Esta predilección por todo lo que viene de fuera, también se manifiesta en el amor. ¡Sí, Esteban, de cada diez mujeres, nueve y media caen enloquecidas en brazos de extranjeros.

EST. (Estupefacto.) ¿Cómo nueve y media?

LUC. Esa es la proporción. La estadística es esa. He hecho un cuadro sinóptico y, estudiando estas cifras, he decidido que Cecilia me engañe con un portugués de pega, con un brasileño millonario. Uno de esos hombres superiores que poseen minas nunca vistas por nadie y que descienden de familias ilustres, de las cuales nadie tampoco ha oído hablar en su vida.

EST. ¿Y tú dispones de ese brasileño?

LUC. (Levantándose.) ¡Sí, le he encontrado en Barcelona! ¡Bigotes de conquistador, brillantes falsos en los botones de la camisa, innumerables condecoraciones, más sortijas que dedos: tal es don Cristóbal Peinador y Carvayales, á quien tengo el honor de presentarte.

EST. ¿Dónde está ese individuo?

LUC. (Después de breve pausa.) Soy yo.

EST. (Estupefacto.) ¿Tú?

LUC. ¡Pues es claro! ¡Todos los días, de cuatro á seis, gracias á una magnífica colección de trajes y de pelucas que poseo, me transformo en el guapísimo brasileño.

EST. ¿Y cómo has aprendido á caracterizarte?

LUC. Viendo á Frégoli en el teatro de Novedades. Al día siguiente fuí á visitarle, convinimos en el precio, y al terminar nuestra conferencia, me dijo: «Para aprender á caracterizarse bien, necesita un hombre inteligente seis lecciones lo menos.»

EST. ¿Y cuántas tomaste?

LUC. ¡Noventa y ocho! He aprendido divinamente á cambiar la voz, he modificado de un modo pasmoso hasta mi manera de andar, chapurreo algunas palabras en portugués y he llegado á adquirir la presencia de un hombre de mundo No lo dudes, el brasileño va á vencer, y la prueba de ello es que esta noche estoy citado con Cecilia en su casa para ir al baile de la Gran Vía. ¿Verdad que lo del brasileño es una idea luminosa?

EST. (Después de una pausa.) Oye: en mil ochocientos

noventa y tres vivíamos juntos. Un día se te ocurrió una idea luminosa. Creiste descubrir el sistema de disminuir el consumo, aumentando el alumbrado... y lo que ocurrió fué una explosión horrorosa, que me costó doscientas pesetas de indemnización.

LUC. ¿Y qué relación tiene?...

EST. Tu invento del brasileño creo que es la segunda edición del asunto del gas. ¡Luciano, ten cuidado con la explosión! ¡Mira que yo no pago esta vez los desperfectos!...

LUC. Esta vez los voy yo á pagar, porque no sabes aún todo lo que me sucede. Desde que soy Peinador y Carvayales, las vuelvo locas á todas... y hoy ha caído en mis manos una mujer casada.

EST. (Interesado.) Mi enhorabuena.

LUC. Salí disfrazado de Peinador del cuarto que tengo alquilado para caracterizarme, cuando pasa por delante de mí una mujer preciosa y elegante; era casada...

EST. ¿En qué lo conociste?

LUC. En que me dijo que su marido tenía muy mal genio y que no la siguiese... Pero yo la seguí y observé que al pararse en algunos escaparates, miraba con el rabillo del ojo para convencerse de que aun la seguía el Tenorio brasileño. De pronto, se mete en el bazar del Siglo, se detiene en la sección de ropa blanca, compra una riquísima enagua de batista, y ¿qué dirás que se me ocurre?

EST. ¿Comprarte otra?...

LUC. No, hombre, pagársela... Ochenta y cinco pesetas cincuenta céntimos.

EST. Ella se resistiría...

LUC. ¡Se quedó tan fresca! ¡Ya ves, una mujer que se deja pagar una prenda interior, está juzgada, y el honor del pobre marido!... ¡Te digo que estoy para estallar!

EST. ¡Que estalle el marido si quiere; tú, no!... ¿Sabes lo que te digo? ¡Que esa mujer es de muchísimo cuidado!

LUC. ¡Ya lo creo! ¡Como que es la mía!

EST. ¿La tuya?...

LUC. Sí, Esteban, y no es eso lo peor...
EST. (Asustado.) ¿Eh?
LUC. ...sino que hablé con ella y la cité esta noche para el baile del teatro de la Gran Vía.
EST. ¡Qué barbaridad! ¿Y tu mujer aceptó?
LUC. Se limitó á decirme: «¡Caballero, usted olvida que soy una mujer casada!» Pero yo olvidé otra cosa: que estaba también citado para ese mismo baile con Cecilia.

ESCENA V

DICHOS y VICTORIA, después GUSTAVO

VIC. (Por el foro.) Señorito: ahí está un caballero que desea hablar con usted.
LUC. (Disgustado.) ¡No puedo recibirle!
VIC. Me ha asegurado que el señorito le recibiría...
LUC. (Enojado.) ¡Bueno, dígale usted que pase!
(Victoria introduce á Gustavo y vase foro.)
GUS. (Tipo de sablista, pero con aspecto distinguido.) ¿El doctor Bernar...?
LUC. Yo soy, caballero.
GUS. (Sumamente serio.) Tengo que hablar con usted á solas.
LUC. (Indicando á Esteban.) El señor es un amigo...
GUS. (Avanzando hacia Luciano.) El asunto es con usted únicamente.
LUC. (Aparte á Esteban.) Su aspecto no es muy tranquilizador. Entra ahí, en mi gabinete. (Esteban vase primera derecha; á Gustavo.) ¿Qué desea usted?
GUS. (Con gran energía.) Caballero, anoche en el Hotel Colón...
LUC. No se moleste usted, estoy perfectamente informado.
GUS. (Turbado.) ¿Y conoce usted á la persona...?
LUC. No, ¿fué usted?
GUS. Precisamente. (Viendo que Luciano mira su pantalón.) ¡No es este! El cuerpo del delito está en el quitamanchas.
LUC. (Tendiéndole su mano.) Lo celebro, caballero.

GUS. (Sin darle la suya.) Yo no, señor mío. Y como su suegra ha declarado que las personas que se creyeran agraviadas, podían dirigirse á usted, á eso he venido, á exigirle la debida reparación.

LUC. Pero si yo no soy el yerno...

GUS. Lo sé. La joven, se llama Cecilia y es una *protegida* de usted... (Subiéndose de tono.) y la vieja, su madre, doña Damiana...

LUC. ¡Pst! ¿Luego usted sabe...?

GUS. ¡Todo! Conozco el género de vida que usted hace y, entre paréntesis, señor Bernar... (Subiéndose de tono.) su género de vida me disgusta en sumo grado.

LUC. ¡No hable usted tan alto!

GUS. Dispense usted; soy un hombre altamente moral y desapruebo este género de relaciones. Yo hablaré con su esposa...

LUC. (Asustado.) Se librará usted muy bien...

GUS. Lo haré, á menos que usted no me conceda la reparación á que tengo derecho. (Se sienta.)

LUC. ¿Qué reparación exige usted?

GUS. Entre personas de nuestra categoría, no hay más que una posible: el duelo.

LUC. (Asustado.) Pero ..

GUS. ¡Déjeme usted acabar. En todo duelo hay dos fases, el encuentro y el almuerzo. Yo suprimo el encuentro, y me quedo con el almuerzo.

LUC. (Asombrado.) Conformes, todo queda reducido á que almorcemos un día en el Hotel Colón...

GUS. No, prefiero la comida de familia. Y en vista de lo ocurrido ayer... (En un tono que no admite réplica.) vendré hoy á comer á esta casa.

LUC. ¡Pero caballero...!

GUS. ¿Se niega usted? ¡Pues usted será el cuarto!

LUC. ¿El cuarto qué?

GUS. El cuarto á quien he matado en duelo.

LUC. (Aterrado.) ¡No, hombre, no! ¿Pero qué le digo á mi mujer...?

GUS. Lo que á usted se le ocurra. Yo no he de desmentirle.

LUC. ¿Luego usted me ayudará...?

GUS. (Con dignidad.) ¿Cree usted que es esta la única casa en que como?

LUC. (Incomodado.) ¡Bonita situación!

GUS. ¿A qué hora comemos?

LUC. A las seis.

GUS. Me parece algo temprano, pero en fin... Beso á usted la mano; hasta ahora, señor Bernar... (Medio mutis.) ¡Ah, se me olvidaba! Le advierto que bebo únicamente Rioja Clarete y que no me gustan las ensaladas ni los platos de pescado. (Vase foro.)

ESCENA VI

LUCIANO y ESTEBAN

EST. (Apareciendo en la primera derecha.) ¿Se ha ido?

LUC. Sí, y he arreglado todo á condición de sentarle hoy á mi mesa.

EST. (Estupefacto.) ¿Y tú has aceptado?

LUC. Me ha dado á elegir entre esto ó el duelo. La elección no era dudosa.

EST. (Con conmiseración.) Luciano: ¿sabes por qué te profeso verdadero cariño?

LUC. No.

EST. Porque me sucede contigo lo que á una madre con sus hijos, que prefiere siempre al más débil, al más enteco, al que le causa mayores inquietudes y zozobras. De entre todos mis amigos, te prefiero á tí... (Abrazándole.)

LUC. (Conmovido.) Mi querido Esteban...

EST. (Prosiguiendo.) ...Porque eres el Tenorio más simple que he conocido en mi vida.

ESCENA VII

DICHOS y GABRIELA

GAB. (Figurando que habla con Victoria dentro.) Victoria, ¿han traido un paquete?... (Entra por el foro.)

LUC. (Aparte á Esteban.) ¡Habrá cinismo! ¡Si no mirara!... (Alto.) ¡Hola, Gabrielita! se me ha ol-

vidado antes preguntarte donde estuviste esta mañana.

GAB. En el Bazar del Siglo... Por cierto que me ha salido muy bien la cuenta.

LUC. ¿Por qué?

GAB. Porque he hallado una verdadera ganga.

LUC. (Con voz sofocada.) ¿Una ganga?... ¡Hola, hola!

GAB. Sí; he comprado una enagua preciosísima... cien pesetas que me abonarás, porque no llevaba dinero y no he podido pagarla...

LUC (Bruscamente.) ¿Qué no has podido pagarla?... ¿Y tienes el valor de decírmelo á mí?

GAB. ¿Pues á quien se lo he de decir?

EST. (Aparte á Luciano) ¡Que te vendes!...

LUC. (Cambiando repentinamente de tono y mostrándose amable hasta la exageración.) Sí, es verdad, tienes razón, hija mía, ¿á quién mejor que á tu maridito... que es el que lo paga todo, (Aparte.) los vidrios rotos, los pantalones manchados, las enaguas... (Sacando un billete y dándoselo.) Toma, Gabrielita mía; no digo que sean caras, pero yo creí que costaban ochenta y cinco pesetas nada más...

GAB. (Riendo.) ¿De cuando acá entiendes tú de estas cosas?

LUC. (Turbado.) Oye, ¿y no has encontrado á nadie en el Bazar?

GAB. A nadie.

LUC. (Aparte.) ¡Qué manera de mentir!

GAB. ¡Ah, sí, sí!

LUC ¿A quién?

GAB. A Cambó que estaba comprando unos tirantes... Pero déjate de preguntas y permíteme que te pida un favor. Quiero que me lleves esta noche al baile de la Gran Vía...

LUC. (Enfadado.) ¿Al baile de la Gran Vía? ¡Imposible! ¡Allí no van mujeres...!

GAB. ¿Pues con quién bailan los hombres?

LUC. Quiero decir que allí no van mujeres decentes...

GAB. (A Esteban.) ¿Verdad que sí...?

EST. (Tartamudeando.) Señora: en esto de los bailes, lo que ocurre en Barcelona es que hay dos clases de gentes, una la componen los que

van, y la otra los que no van. (Luciano se encoge de hombros.)

GAB. ¡Dice muy bien mi amiga Matilde: si la ingratitud se perdiese, se hallaría archivada en el corazón de tu marido!

LUC. (Subiéndose de tono; irónico.) ¡Mira qué cosas te dice la literata! ¡En cuanto yo la vea, la voy á decir sin rodeos de ninguna clase...!

ESCENA VIII

DICHOS, VICTORIA y MATILDE

VIC. (Anunciando.) ¡La señorita Matilde!

GAB. (A Luciano.) ¡Ahí la tienes, díselo!

MAT. (Por el foro.) Buenos días, amigos míos.

GAB. Mi marido tiene que decirte una cosa.

MAT. Diga usted, amigo Luciano.

LUC. (En tono severo.) ¡Señora doña Matilde Medina...! (Transición) ¿Cómo está usted?

MAT. (Sonriente.) ¡Qué casualidad! ¡Eso mismo iba yo á preguntarle! Pero observo que están ustedes algo nerviosos...

GAB. Se niega á llevarme al baile de la Gran Vía.

MAT. ¿Hay diversión más inocente?

LUC Bueno, iremos... el año que viene.

MAT. ¡Vamos, Luciano, no sea usted así!

GAB. No insistas, tendrá que hacer esta noche...

LUC. ¿Yo? ¡Ni siquiera voy á salir de casa, me voy á acostar muy temprano!

GAB. (Irónica.) Pero más tarde recibirás aviso urgente de algún enfermo, (Marcándolo mucho.) lo cual te servirá de pretexto para salir.

LUC. ¡Te juro que no saldré!

GAB. ¡Pero como salgas, me voy al baile! (Sube hacia el foro y habla animadamente con Matilde.)

EST. (Aparte á Luciano.) ¿Renuncias entonces á ir al baile con Cecilia?

LUC ¡Dios mío, qué compromiso!

EST Pues finge que te acuestas, y una vez que tu mujer esté dormida...

LUC. No, mi mujer es muy lista, yo ronco muy fuerte, y si por desgracia notara que yo había salido, sería capaz de... (Reflexiona.)

GAB. (Aparte á Matilde.) Estaba guapísimo y hasta elegante... Figúrate mi asombro cuando ví que él me había pagado la enagua.

LUC. (Ocurriéndosele de repente una idea; aparte á Esteban.) ¡Eureka!... ¡Una idea luminosa!

EST. (Aterrorizado.) ¿Luminosa?... ¡Apágala por Dios, no me asustes!

LUC. Esta noche me acostaré y también iré al baile.

EST. ¿Cómo?

LUC. Yo te lo explicaré... Tengo mi plan.

EST. (Con dolor.) ¡Dios nos coja confesados!

GAB. ¿Estás dispuesta á todo?

MAT. Á todo, tratándose de tu tranquilidad.

GAB. ¡Yo te aseguro que la lección le será provechosa!

ESCENA IX

DICHOS y VICTORIA. Después el DUQUE DE GANDESA y el VIZCONDE DE ROCA PELADA

VIC. (Por el foro.) Señorito: ahí están dos caballeros... (Entregándole dos tarjetas.)

LUC. (Leyendo.) «Duque de Gandesa», «Vizconde de Roca Pelada». No les conozco.

VIC. Dicen que vienen de parte del Barón de Tablada.

LUC. Pues tampoco le conozco.

GAB. (A Victoria.) Que pasen. (A Luciano.) Ya te dirán ellos lo que quieren.

(Victoria vase después de dar paso á Gandesa y Roca Pelada.)

ROCA (Saludando.) Señoras... (Mirando á Luciano y á Esteban.) ¿El doctor Bernar?

LUC. Servidor.

ROCA (Presentándose.) Vizconde de Roca Pelada.

GAN. (Idem.) Duque de Gandesa... Venimos en nombre del Barón de Tablada.

LUC. (Indicándoles que tomen asiento.) Ustedes dirán el objeto de su visita.

ROCA Se trata de un asunto de orden íntimo; desearíamos celebrar con usted una conferencia reservada

GAB. ¿De orden íntimo? Ustedes perdonarán, pero yo soy su esposa y...

ROCA ¡Oh, siendo usted la señora de Bernar, como usted no es extraña al incidente que aquí nos trae, nada se opone á que hablemos delante de usted. ¿Qué opina usted, Duque?

GAN. (Mirando con admiración á Gabriela y á Matilde.) Pues que... (Aparte á Roca.) ¡Una es más bonita que la otra, pero sobre todo la otra es más bonita!

ROCA (Aparte á Gandesa.) Para eso no hemos venido aquí. (Dirigiéndose á Luciano.) Se trata del incidente de anoche en el Hotel Colón.

LUC. (Levantándose vivamente.) ¡Ah, sí, sí! Ya lo sé. De eso no hay ni que hablar porque todo está arreglado.

ROCA No debe ser así puesto que el Barón nos envía para obtener explicaciones sobre la conducta de su esposa de usted.

EST. (Aparte.) ¡Agua va!

GAB. (Levantándose.) ¿Cómo?

ROCA O mejor dicho, de la madre de su señora de usted.

GAB. ¿De mi madre? (Con tristeza.) ¡Ojalá!

LUC. (Cada vez más azorado.) ¡Pero si el asunto es baladí...! En el Hotel Colón... no se come mal, pero es algo caro. La vajilla... (Aparte á Esteban.) ¡Hombre, dí algo, por Dios, ó me desmayo!

EST. ¿No les parece á ustedes que hace calor?

GAB. Continúen ustedes, se lo ruego.

LUC. (Rápidamente.) Bueno, de eso ya hablaremos otro día. Ahora estamos ocupadísimos... Conque... (Como invitándoles á que se marchen.)

ROCA (Sin hacer caso á Luciano y dirigiéndose á Gabriela.) Quedamos en que anoche comió usted con su señora madre en el Hotel Colón: su señora madre tuvo un altercado violento con un camarero; le tiró una botella de agua de Seltz á la cabeza y el mozo dejó caer...

LUC. (Impidiéndole que hable.) ¿Se quiere usted callar?... ¡Si todo está arreglado!

ROCA (Prosiguiendo sin hacerle caso.) ... Sobre el pantalón de nuestro amigo y representado, el Barón de Tablada, una langosta á la mayonesa que no estaba destinada ciertamente para él.

LUC (Gritando.) ¡Está usted en un error...!

ROCA A guisa de excusas, su mamá de usted gritó: «Los que se consideren agraviados pueden dirigirse á mi yerno el doctor Bernar, Plaza de San Jaime, 8, quien responderá de todo, como cumple á un caballero».

LUC. ¡Si repito que todo está arreglado. (A Esteban.) ¡Dí tú algo!

EST ¿No le parece á ustedes que aquí hace mucho frío?

GAB. Caballeros, muchas gracias por sus noticias. Pero debo decirles que, desgraciadamente, no tengo madre, que nunca he estado en el hotel Colón y que la señora que anoche se hizo pasar por mí...

ROCA No era usted, si no otra persona de dudosa conducta. (A Luciano.) De todos modos, señor Bernar, la injuria por eso no es menor.

GAN. Poco importa que el reto lo haya lanzado la mano derecha ó la mano izquierda: lo lo principal del asunto es que el pantalón del Barón de Tablada, ha quedado inservible...

ROCA ¡Y que se impone una reparación!

GAB. (A Luciano.) ¡Creo lo mismo! (Sonriente é irónica.) ¡Tienes que batirte con tu mamá política!

LUC. (Fuera de sí) ¡Hemos terminado! Repito á ustedes que el pantalón, digo que el Barón de Tablada ha estado aquí hace un instante...

ROCA (Estupefacto.) ¿Que ha estado aquí?

GAN. ¡Eso es contrario al Código del honor!

ROCA ¿Y cómo se ha arreglado el asunto?

LUC Hemos quedado íntimos amigos . ¡Como que hoy mismo vendrá aquí á comer!

GAB. ¿Con nosotros?... ¡Cá, hombre, comerá contigo!

ROCA ¿Y ha aceptado?

LUC. ¡Si ha sido él quien me lo ha propuesto y hasta me ha exigido Rioja Clarete!

GAN. (Amargamente.) ¡Qué vergüenza! ¡Un hombre como yo, con antepasados en las Cruzadas, defendiendo á un Barón que tiene su dignidad en el estómago!

ROCA ¡Esto es bochornoso! Vámonos, Duque, nuestra misión ha terminado. (Despidiéndose.) Señor Bernar... Señoras... Caballero...

GAN. (A Gabriela y Matilde.) A los pies de ustedes. (Vanse ambos foro.)

ESCENA X

DICHOS, y VICTORIA; después GUSTAVO

GAB. ¿Luego hay una mujer á quien hace usted pasar por su esposa?

LUC. (Suplicante.) ¡Gabriela!...

GAB. ¡Pero tenga cuidado porque está usted advertido: ojo por ojo y diente por diente!...

MAT. ¡Cálmate, Gabriela!...

GAB. ¡No, no; esto es demasiado!

VIC. (Por el foro, anunciando.) Señorito: el caballero de la langosta!

LUC. ¡Oh!

GUS. (Por el foro.) Señor doctor la puntualidad es mi norma. Vengo á comer.

EST. ¡Llega usted muy á propósito!

LUC. Señor Barón de Tablada, puesto que ambos habíamos arreglado el asunto, ¿que más explicaciones quiere usted?

EST. Señor Barón, ¿por qué no ha venido usted cinco minutos antes?
(Prevención telón.)

MAT. ¡Señor Barón de Tablada, cuando se cuenta con antepasados en las Cruzadas, no se tiene la dignidad en el estómago!

GAB. ¡Sepa usted, señor Barón, que la esposa del señor Bernar soy yo!

VIC. Señorita, ¿cuántos cubiertos?

GAB. ¡Yo no como!

Luc ¡Ni yo tampoco!

Gus. ¡Pues yo sí, porque á eso he venido!

Luc. ¡Pues comerá usted solo! (Vanse los cuatro primera izquierda.)

Gus. (Bajando al proscenio; Victoria en la puerta del foro.) No comprendo por qué me llaman todos Barón de Tablada. La verdad es que he tenido una gran idea haciéndome pasar por el caballero de la langosta. Me parece que además de la comida, le voy á dar un buen sablazo al doctor Bernar. (Alto á Victoria.) ¡A ver, muchacha; pon la mesa inmediatamente!

Vic. (Indicándole el foro.) ¡El señor Barón está ya servido!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ESTEBAN

Al levantarse el telón, la escena está sola. Suena la campanilla. Se abre la puerta de la segunda izquierda. Esteban aparece acabando de ponerse los tirantes y con un candelero en la mano; se acerca al botón de la luz eléctrica, le oprime, se ilumina la escena y apaga la luz de la vela.

¡Parece que han llamado! (Vuelven á llamar.) ¡Sí, no cabe duda! Mientras Bernar se las da de brasileño en casa de Cecilia, yo me las doy de Bernar en la suya.—Ronca, me dijo, acostado en mi cama y de este modo mi mujer creerá que no he salido...—Y yo, pedazo de atún, ó, mejor dicho, atún entero, he aceptado. ¡Es claro que yo no contaba con este campanillazo á media noche! No hay más remedio que abrir, no vaya á despertarse con el ruido la señora de Bernar, y entonces ¡adiós la idea luminosa de Luciano!... (Dos campanillazos.) ¡Voy! ¡Voy! (Vase y abre.)

ESCENA II

ESTEBAN y DON TADEO

TAD. (Entrando por el foro con una maleta) ¿El doctor Bernar?

EST. (Sin vacilar.) ¡No es aquí!

TAD. Haga usted el favor de no engañarme... Vengo de la calle del Hospital, y allí me han dicho que el doctor se ha mudado á esta casa. (Deja la maleta y se quita el sombrero y el gabán.)

EST. (Amablemente.) ¡Pst! Hable usted un poquito más bajo... Vive aquí, pero ahora no está en casa.

TAD. (Incrédulo.) ¿Que no está?... ¿A las cinco de la madrugada? ¿Entonces quién es usted?...

EST. Yo soy un amigo suyo...

TAD. (Incrédulo) ¿Un amigo... á esta hora? ¿Y qué hace usted aquí?

EST. Estoy... de visita.

TAD. El traje no es muy de etiqueta. Está bien, señor mío, usted trata de tomarme el bisoñé, porque pelo no tengo, y yo trato de no permitirlo. . ¡Ea! ¡Despierte usted á su señora inmediatamente! Puesto que él no está, quiero hablar con su esposa.

EST. ¡Eso sí que no! (Aparte.) ¡Dios mío, qué apuro! (Alto.) Bueno, basta de farsas: yo soy el doctor Bernar.

TAD. (Abrazándole.) ¡Sobrino de mi corazón!

EST (Aturdido) ¿Yo su sobrino...? ¿Pero por qué soy su sobrino?

TAD. ¡Porque yo soy tu tío!

EST (Atolondrado, aparte.) ¡Qué barbaridad!

TAD. ¡Sí, tu tío Tadeo que regresa de América! ¿Pero no me has conocido?

EST. ¡Sí, sí... pero no, no!... (Ingenuamente.) ¡Es que no le he visto á usted en mi vida!

TAD. Ni yo tampoco á tí, porque cuando embarqué para America tú no tenías más que dos

horas de edad... ¡Abrázame, hombre, abrázame!

EST. (Abrazándole.) Con muchísimo gusto... pero, francamente... (De pronto.) yo no soy Bernar.

TAD. (Riéndose.) Mira, déjate de bromas... No en vano me decían tus padres en sus cartas que eres un guasón de primer orden... Yo te diré ahora si eres ó no Bernar... (Gritando.) ¡Señora de Bernar!... ¡Señora!...

EST. (Tapándole la boca.) ¡Por Dios, cállese usted! (Aparte.) ¡La va á despertar! (Resueltamente.) Sí, señor, lo soy... ¿está usted contento?

TAD. ¿Ves cómo no me la has pegado? Hombre, sé formal siquiera una vez, y charlemos.

EST. Sí, charlemos. (Breve pausa.) ¿Cuándo se marcha usted?

TAD. Ni me voy, ni pienso irme: en cuanto amanezca, mandas por mi equipaje á la estación.

EST. Así se hará.

TAD. Hablemos ahora de tí: ¿te has casado?

EST. (Distraído.) No, señor... ¿y usted?

TAD. ¿Que no te has casado?

EST. ¡Ah, sí, sí! ¡Me he casado, y hasta tengo una mujer... una mujer encantadora... Gabriela!

TAD. ¿Rubia ó morena?

EST. Morena.

TAD. ¿Cuántos hijos?...

EST. Ninguno.

TAD. ¿No os da vergüenza?

EST. (Con naturalidad.) ¡Sí, señor!

TAD. ¡Después de dos años de casados!...

EST. ¡Ah! ¿Llevamos dos años de matrimonio?...

TAD. ¿Y me lo preguntas?...

EST. ¡Pero cómo se pasa el tiempo, *tío*! (Subrayándolo.)

TAD. ¿Quieres hacerme un favor?

EST. Todos los que usted quiera...

TAD. Dile á tu mujer que venga: ¡tengo prisa por conocerla!

EST. ¿Despertar yo á la señora de Bernar... digo, á Gabriela? Imposible; cuando se la despierta se pone de un humor inaguantable. Ayer, porque la llamé media hora más tem-

prano que de costumbre, me tiró á la cabeza una botella de agua de Seltz. (Aparte.) ¡Aquí de doña Damiana!

TAD. Pero ahora no es lo mismo.. Se trata de un tío que viene de América. y esto ha de producirle una sorpresa muy agradable.

EST Lo que es *sorpresa* puede usted estar seguro de que la tendrá.

TAD. Vaya, basta de contemplaciones... ¿Duerme por aquí?... Verás qué pronto hago yo que salga... (Va á acercarse á la primera puerta de la izquierda y se interpone Esteban, llamando muy quedito con los nudillos y como no queriendo ser oído)

EST. ¡Gabriela, Gabriela... despiértate!

TAD. (Asombrado.) ¡Vaya una manera de llamar á su mujer! ¿No tienes confianza para entrar y despertarla cariñosamente?

EST. (Empujando la puerta que no cede.) Es que... la puerta está cerrada por dentro.

TAD. (Muy sorprendido.) ¿Luego dormís separados?

EST. Desde hace ocho días; disgustillos conyugales...

TAD. ¡Ahora me explico!... (Yendo á la puerta y llamando.) ¡Eh, Gabriela, Gabriela!... ¿No respondes? ¡Aquí de los grandes recursos! (Riendo.) ¡En nombre de la ley, abra usted!

EST ¿Qué va á pasar aquí? (Desaparece y se encierra en la habitación de la segunda izquierda.)

ESCENA III

TADEO, MATILDE; después ESTEBAN

MAT. (Por la primera izquierda, en una «deshabillé» elegante.) ¿Qué sucede?

TAD. Sobrina mía, ven á mis brazos. Soy tu tío Tadeo. (Aparte.) ¡Demonio y qué bonita es!

MAT. (Aturdida y rechazándole) ¿Usted mi tío?

TAD. (Estupefacto y suspendiendo el abrazo.) Pero si eres rubia y tu marido me ha dicho que eras morena... (Volviéndose.) ¿No es verdad que...? ¿Eh, dónde está?

MAT. ¡No lo despierte usted, por Dios, que está durmiendo!

TAD. ¿Durmiendo? ¡Si he estado hablando con él! ¡Eh, Bernar, Luciano! (Yendo á la puerta, á Matilde.) ¿Pero estáis locos?... ¡Este también se ha encerrado ahora! ¡Abre! (Golpeando la puerta.)

MAT. ¡Vaya un compromiso en que me ha puesto Gabriela!... (Vase rápidamente á su habitación.)

EST. (Reapareciendo, pero ya un poco más aviado.) Aquí estoy, no grite usted!

TAD. ¿No me dijiste que tu mujer era morena?... ¡Mírala! (Volviéndose.) ¡Eh! ¿pero dónde se ha metido?... Vamos, eso es que no os podéis ver... (Golpeando como antes.) ¡Sobrina, sobrina! (En la puerta.)

MAT. (Saliendo y aparte.) Sea lo que Dios quiera... (Alto.) Aquí estoy... (Aparte.) ¡Esteban!

EST. (Aparte.) ¡Matilde!

TAD. ¡Cogiendo yo las llaves ya no se encierran! (Coge la de las dos habitaciones.)

MAT. (Aparte á Esteban.) ¿Luego usted reemplaza á Luciano?

EST. (Aparte á Matilde.) ¿Y usted á Gabriela?

MAT. (Idem.) ¡El mismo recurso empleado por los dos!

TAD. ¡Gracias á Dios que os veo juntos! Estáis de monos, y eso no me gusta. Abrazaos.

MAT. Pero...

TAD. Y cuanto antes mejor.

EST. Puesto que usted lo quiere, obedezco... (Abraza á Matilde.)

MAT. (Aparte y dejándose abrazar.) Conste que sólo es por salvar á Gabriela. (Le abraza.)

EST. (Con gravedad cómica.) ¡Y yo, por salvar á Luciano! (Le abraza de nuevo.)

TAD. (Contento.) ¡Así me gusta, hijos míos! Ahora sentémonos y hablemos. (Se sientan todos.)

EST. (Aparte.) ¡Nos vamos á divertir!

TAD. Bueno, sobrina, ¿qué me cuentas de particular?

MAT. (Después de breve pausa.) ¿Cuándo se marcha usted?

TAD. Tranquilizáos... He venido á instalarme defi-

nitivamente con vosotros. Sois mis únicos parientes, y por lo tanto los únicos herederos de cuarenta millones que tengo colocados en el Banco de España.

MAT. (Estupefacta.) ¡Cuarenta millones!

EST. (Idem.) ¡Cuarenta millones! (Haciendo como que pierde el equilibrio y apoyándose en Matilde.) ¡Sosténgame usted, Matilde!

TAD. En el nuevo mundo, queridos sobrinos, no están tan retrasados como en el viejo. Allí lo principal es tener una idea, y á mí se me ocurrió una luminosa.

EST. (Aparte.) ¡Como á Bernar...!

TAD. ¡Una idea que me ha valido esa fortuna!

EST. (Idem.) ¡Lo contrario que á Bernar!

TAD. Se me ocurrió—en buena hora lo diga—construir el *trust* de las nodrizas.

EST. (Interesado.) ¿Cómo?

TAD. Pues contratando á todas las de los Estados Unidos. Una vez acaparadas todas las nodrizas de la libre América, cuando nacía un ciudadano era indispensable para que fuese criado por el líquido nacional que pasara por mi administración. ¡Como que me llamaban el rey de las nodrizas! En un momento dado, llegué á tener en mis oficinas un surtido de ciento veintidos mil trescientos setenta y cuatro.

EST. ¡Es prodigioso!

MAT. ¡Y complicado!

TAD. Vivía feliz, pero tuve la desgracia de perder á mis dos hijos, y como para remediar las desdichas del cielo valen poco los bienes de la tierra, me desesperé y cedí mi industria, retirándome de los negocios, y aquí me tenéis. Ahora, sabiendo que sois mis herederos, no dirás que no eres Luciano. (Riéndose y dándole palmitas en una de sus rodillas.)

EST. (Aparte.) ¡Qué lástima que no lo sea!

TAD. En adelante no nos separaremos. Viviremos en famila, pero... (Examinando de una ojeada las dimensiones de la casa.) me parece que tendremos que alquilar un cuarto más grande. ¿Cuántas habitaciones tenéis?

EST. Once.

MAT. (Al mismo tiempo.) Cuatro.
TAD. (Asombrado.) ¿Cómo?
EST. (Turbado.) En realidad... no lo sé...
MAT. (Rápidamente.) No las hemos contado nunca.
TAD. (Asombrado.) ¡Qué rareza! (Levantándose.) Veamos: estas son las dos alcobas. (Señalando á las puertas de la izquierda.) ¿Por ahí, á dónde se va? (Por la segunda derecha.)
EST. Al comedor.
MAT. (Al mismo tiempo.) Al despacho...
TAD. ¿En qué quedamos, al comedor ó al despacho?
EST. (Acercándose á la puerta de la derecha.) Por aquí se va á... las habitaciones interiores y... (Abriendo una puerta.) por esta otra... al despacho. (A Matilde.) Tenías razón...
TAD. (Muy sorprendido.) Pero, ¿no lo sabías?
EST. La verdad, tío, como me paso la vida fuera de casa...
MAT. Y como hace poco que vivimos aquí, no sabemos dónde está el comedor, ni dónde la cocina...
EST. (Aparte.) Cambiemos de conversación. (Alto.) Tío, ¿no querría usted beber nada?
TAD. De buena gana tomaría una copita de coñac.
EST. Con muchísimo gusto. (Bajo á Matilde.) ¿Dónde está el coñac?
MAT. (Bajo.) ¡Cualquiera lo sabe!
EST. (Resueltamente.) Pues tío de mi alma...
MAT. Y de la mía..
EST. Pues tío de nuestra alma, siento decirle que no nos ha quedado una gota de coñac... Gabriela (Señalando á Matilde.) se lo ha bebido todo.
TAD. Beberé chartreuse ó anisado... lo mismo me da...

(Esteban dirige á Matilde una mirada interrogativa, y Matilde se encoge de hombros dando á entender que no sabe donde están esos licores.)

EST. Pues querido tío, no hay en casa ni anisado ni chartreuse... Yo creo que también se lo ha bebido Gabriela.
TAD. (A Matilde.) Pero hija mía, tú eres un tudesco. ¿Y un poco de agua?

EST. Eso sí. En seguida lo traigo. (A Matilde aparte.) La de la palangana. (Vase rápidamente á su habitación.)

TAD. Oye, sobrinita: no bebas tanto, porque el licor ni guarda secretos ni cumple palabra.

EST. (Reaparece trayendo un vaso de agua un poco enturbiada.) Aquí tiene usted. Beba usted, tío. Le he echado unas gotitas... (Aparte á Matilde.) de unas cosas que había en el tocador...

MAT. (Bajo.) ¡Será licor del Polo de Orive!...

TAD. (Después de haber bebido y arrojado el agua.) ¡Jesús! ¡Qué gusto tan raro! (Haciendo una mueca y devolviendo el vaso.) Luciano, dame la maleta: quiero que veais los regalitos que os traigo.

EST. (Apresuradamente.) Aquí la tiene usted.

TAD. (A Matilde, sacando los objetos de su maleta.) Para tí, un collar de perlas; mira qué precioso; vale cincuenta mil pesetas.

MAT. (Cogiendo el estuche.) ¡Hermosísimo!... ¡Cómo se va á alegrar Gabriela!

TAD. ¿Eh?

MAT. Que cuánto me voy á alegrar yo.

TAD. ¿Y no me das un abrazo, simpatiquísima?

MAT. Ya lo creo, y cincuenta... (Le abraza exageradamente.)

TAD. Y á tí un alfiler de brillantes con un rubí del tamaño de una chocolatera. ¿Qué tal? ¡Veinte mil pesetas!

MAT. ¿Y á estos les llama usted regalitos?... (Contemplándolo con alegría. Todos sonrientes.)

ESCENA IV

DICHOS y GUSTAVO

GUS. (Entrando malhumorado por el foro.) ¡En esta casa no se puede dormir! ¡Qué algarabía!

EST. (Estupefacto.) ¡El barón!

MAT. (Idem.) ¿Usted aquí á estas horas?...

GUS. Si no me he marchado. Me quedé dormido después de comer.

TAD. ¿Quién es este señor?

EST. El barón de Tablada, de la antigua nobleza de Cataluña...

TAD. (A Esteban y á Matilde.) ¿Es amigo vuestro?

EST. (Irónicamente.) ¡De toda intimidad!

GUS. (Idem.) ¡Sí, señor, de la infancia!

TAD. (Tendiéndole la mano.) Ya me es usted simpático: choque usted... los amigos de Gabriela y de Bernar lo son míos para toda la vida...

GUS. (Atónito.) ¿De Bernar?...

EST. (Aparte.) ¡Cállese usted... Bernar soy yo!

TAD. Hombre, qué casualidad: también traigo algo para usted. Basta que merezca el aprecio de mis sobrinos. (Vase donde está la maleta y saca de ella un objeto.) ¡Una petaca para cigarrillos!

MAT. (Aparte, á Gustavo.) Tómela usted: es el precio del silencio.

GUS. Comprendido. (Aparte.) En esta casa hay gangas hasta de madrugada...

TAD. (A Bernar.) Chico; parece que no me siento bien... el agua que antes me diste me ha hecho daño sin duda...

GUS. (Con solicitud.) ¿Quiere usted tomar algo?

TAD. Tomaría coñac, pero como no le hay...

GUS. ¿Quién ha dicho eso? ¡Sí lo hay, y superior!

EST. ¿Dónde?

GUS. En la despensa.

EST. Y ¿tiene usted las llaves?

GUS. Están colgadas en la misma puerta... ahora verá usted si hay coñac. (Vase.)

TAD (A Esteban.) ¡Y tú que me dijiste que no había!

EST. Lo ignoraba, tío. Además, mi amigo el barón es el encargado de las bebidas.

TAD. Muy simpático; se ve á la legua que es noble por los cuatro costados...

GUS. (Reapareciendo con algunas botellas en los brazos.) Aquí tiene usted. ¿Coñac, anisado, Kummel, Benedictino?... Le recomiendo á usted el Benedictino...

MAT. (Aparte.) ¡Los ha probado todos!

TAD. Deme usted coñac. (Bebe.) Esto reanima á un muerto.

GUS. ¿No quiere usted nada más? ¿Un vaso de

Oporto, una patita de gallina, un pedazo de tortilla?...

TAD. No, gracias: me basta.

GUS. Entonces, me retiro.

TAD. ¿A dónde va usted, señor barón?

GUS. A reanudar mi sueño... Me vuelvo al comedor. Hasta ahora. (Vase foro.)

TAD. ¿Otra vez al comedor?

EST. Sí, no se acuesta nunca á consecuencia de un voto.

TAD. ¡Qué rareza! Ahora, hijos míos, yo necesito descansar... Mañana hablaremos... yo me acostaré en tu cama y tú en la de tu mujer... ¿estamos conformes?

MAT. (Furiosa.) De ninguna manera...

EST. (En tono distinto al de Matilde: es decir, manifestando pesar.) ¡De ninguna manera!

TAD. Bueno, haced lo que queráis... Mañana, ya tranquilo, procuraré vuestras paces, y si no lo consigo, os desheredo.

EST (Empujándole hacia la segunda izquierda.) ¡A dormir, tío, á dormir!

TAD. Adiós, sobrina... (Abrazándola; ella se resiste tímidamente. Entra Tadeo en sucuarto.)

ESCENA V

MATILDE y ESTEBAN

Estos dos personajes se quedan frente á frente contemplándose aterrados y como diciendo: «¡Vaya un lío en que nos han metido!» Después de una pausa, Matilde, como tomando una resolución, se dirige á Esteban

MAT. ¡Usted se marcha ahora mismo!

EST. Sí, señora, no tenga usted cuidado; yo soy una persona decente.

MAT. (Como abstraída y sin fijarse en lo que ha dicho Esteban.) Muy mal hecho...

EST. ¿Qué?

MAT. Muy mal hecho que Gabriela y Bernar nos hayan colocado en esta situación. Pero,

¿cómo se le ha ocurrido á usted decir que era Bernar?

EST. ¡Porque creía que era usted Gabriela! ¡El tío de América lo ha echado todo á perder!

MAT. ¿Qué dirán ellos mañana?

EST. Eso me tiene sin cuidado... que se las arreglen como puedan.

MAT. En fin, buenas noches, Esteban.

EST. Usted descanse, Matilde... (Vase primera izquierda Matilde.)

ESCENA VI

ESTEBAN, después GUSTAVO

EST. (Solo.) Ese necio de Luciano está explotando mi candidez... ¡Si al menos volviera pronto! ¿Cómo haría yo para avisarle? Si yo tuviera una persona que le fuera á buscar... (Viendo entrar á Gustavo.) ¡Ah! ¡Ya tengo aquí á mi hombre!

GUS. Me voy á dormir á un banco de la Rambla, porque en esta casa no hay ni pizca de formalidad.

EST. ¿Es usted capaz de hacerme un favor?

GUS. Según y conforme.

EST. Se trata de ir á buscar á Bernar al baile de la Gran Vía...

GUS. Con sumo gusto... ¿Para qué estamos los amigos?

EST Gracias, barón.

GUS. (Con naturalidad.) Eso le cuesta á usted veinticinco pesetas. (Se sienta.)

EST. (Asombrado) ¡Tiene usted un desahogo para complacer á los amigos...! (Resignado.) Bueno, le daré á usted los cinco duros.

GUS. No corre prisa. (Alargando la mano.) ¡Vengan!

EST. Espere usted...

GUS. Es verdad, primero tengo que enterarme de qué hay que hacer.

EST. Ir al baile y buscar al doctor Bernar á quien usted no podrá reconocer porque ha ido disfrazado.

GUS. (Levantándose sorprendido.) Pues entonces, ¿cómo voy á encontrarle?...

EST. Yendo de grupo en grupo y haciendo circular esta especie de anuncio: «Se ruega á Bernar que regrese inmediatamente á su casa, donde le esperan cuarenta millones, acompañados de un tío de América».

GUS. ¡Se trata de cuarenta millones y tiene usted la avilantez de ofrecerme veinticinco pesetas! Luego se extrañan ustedes de que el obrero pida, de que el obrero exija, de que el obrero amenace... (Se sienta.)

EST. (Aturdido.) ¿Qué quiere usted decir?

GUS. Pues que ese servicio vale ciento cincuenta pesetas.

EST. (Resignado.) Bueno, se las daré.

GUS. Más diez de coche, que hacen, en total, ciento ochenta...

EST. Conformes. ¿Pero ha entendido usted bien que hay que buscar á toda costa al doctor?

GUS. ¿Buscarle nada más?

EST. No, hombre; buscarle, encontrarle y traerlo.

GUS. Pero, ¿no es usted Bernar ante ese tío? (Señalando á la puerta por donde hizo mutis don Tadeo.)

EST. Sí, soy Bernar hasta nueva orden; de modo que aunque venga el doctor y esté usted viéndole, Bernar soy yo. ¿Estamos conformes?

GUS. Sí, señor, conformes en eso y... en las doscientas pesetas.

EST. (Resignado.) Tómelas usted, (Se las da.) y ahora eche usted á correr...

GUS. (Cogiendo su sombrero y su guardapolvo, vuelve desde el foro.) ¿Cómo quiere usted que le traiga, muerto ó vivo? (Medio mutis.)

EST. Le prefiero vivo. (Llamándole y con mucho misterio.) Oiga, amigo; para vivos... usted.

GUS. Choque usted... Estamos conformes. (Vase rápidamente foro.)

ESCENA VII

ESTEBAN, MATILDE, después JAIME

MAT. (Por la primera izquierda.) Han llamado.

EST. ¿Será Bernar?

MAT. O Gabriela.

EST. ¡Si no es ninguno de ellos, advierto á usted que ya no soy Bernar para nadie!

MAT. Ni yo Gabriela, suceda lo que suceda.

JAIME (Por el foro; traje de pana y botas altas.—Las palabras catalanas están escritas con la pronunciación figurada,) ¿Víu aquí al ductor Bernar?

EST. Sí, pero no está en casa.

JAIME No yimportæ. No es en'll æn quien tengo de hablart: es æn un subxiecte quæ tiene un nombre axis... molt paresido æn un otro nombre... qu'ara non recuerdo... Si vustedes m'axudesin...

EST. Como no sea cogiendo el calendario y leyendo todos los nombres uno por uno... Pero, en fin, ¿de parte de quién viene usted?

JAIME Ls idiré el que m'ha susedido... Pasaba hase un estante en el carro de cervesa, perque xó soc sarveseru, ¡chi! á la plasa de Cataluña...

EST. (Impaciente.) Un poquito más de prisa... si puede usted.

JAIME Sí siñort que puedo. Tornaré a'scomansar. Pasaba xó...

EST. ¡Sí, con su carro de cerveza, porque es usted cervecero!

JAIME (Prosiguiendo con cachaza.) Cuando dæ repente oigo que dal número diesiocho... speris... ara nom ræcuerdo si va ser al diesiocho ú al catorse ..

EST (Aparte) ¡La casa de Cecilia! (Alto.) Sí, continúe usted; era el catorce.

JAIME Oigo que s'obri una vantana y vech qu'un ændividuo yesticulan y poniendo una cara molt æxtraña, m'ændica por señas que m'aserque; m'aserco y dise: «Oiga ostet, buen hombre» .. N'a mí m'agrada molt que ma

llamen buen hombre, ancara no lo sea... perque creguín vostets ca si fósemos á contart als hombres buenos que hay æn aquest mundu, al llagar á tres tindríamos de cerrar el comptæ.

EST. Bien, hombre... adelante, adelante.

JAIME «¡Oiga ostet, buen hombre!...»

EST. (Nervioso.) ¡Eso ya lo ha dicho usted!

JAIME Es que'llmæ lo dico tres veses. «¡Oiga ostet, buen hombre!» Aqueixa va ser la tærsera. «¿Quiere ostet ganarse quinse pesetas?» Si estaguera ostet á la calle—le digue—li daba á ostet una pallisa. ¡Poner an dupta qu'un catalá es vol gañar quinse pesetas!

EST. ¡Por Dios, al grano!

JAIME (Habiéndose olvidado de lo que estaba diciendo.) ¿A ont iba?

EST. ¡Usted ha dicho que á la plaza de Cataluña!

JAIME No dic aixo: digo que dónde iba de mi rælasión... tornaré as comænsar... Pasaba xo hase un estante an'l carro de servesa...

MAT. ¡No, por Dios, iba usted en las quince pesetas!

JAIME ¡Ah! Sí; miris... mæ las echó ambulicadas an un paper y mæ dico: «Entregui vostet al paper á casa dæl doctor Bernar á un amigo mío que se llama...»

EST. ¡Acabara usted, Esteban!... ¡Soy yo!

JAIME Es la primera vegada cae sentido ese nombre; per xó no me lo ræcordaba. Tingui... (Le da una carta que abre precipitadamente Esteban.)

EST. (Leyendo.) «¡Por compasión, ven á ponerme en libertad. Doña Damiana me ha encerrado en su casa, creyendo que soy el brasileño, y dice que va á llamar á Bernar para que este presencie los desprecios que Cecilia va á hacer al brasileño».—¿No lo dije? ¡La explosión de gas!

MAT. (Alarmada.) ¿En el teatro?

EST. ¡No, señora, en esta casa!

MAT. ¡Ay, Dios mío! (Buscando agitada la salida.)

JAIME (Idem.) ¡¡Verxe de Monserrat, dónde mai matido xó!!

EST. Calma, por Dios, que no es nada de eso.

MAT. ¿Pues qué pasa?

EST. ¡Que Luciano está encerrado! (Enseñando la carta.)

MAT. ¿En dónde?

EST. En casa de Cecilia.

MAT. ¿Y quién es Cecilia?

EST. La hija de doña Damiana.

MAT. ¿Y quién es doña Damiana?

EST. La madre de Cecilia.

MAT. No le comprendo á usted...

JAIME Doncs xó sí: Sasilia y doña Damiana son dos *cacottas*.

EST. Es preciso que yo le salve. Espéreme usted aquí, no tardaré... ¿Pero dónde encontraré un coche á estas horas?

JAIME Si quiere vostet que xó li porti, li llevaré al pæscante del carro de la servesa.

MAT. Acepte usted.

EST. ¡Acepto, buen hombre, corramos! Baje usted, que ahora voy. (Vase Jaime foro; cogiendo los objetos que indica.) Mis guantes, mi gabán y mi sombrero...

MAT. (Riéndose á carcajadas.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Con ese traje guiando un carro de cerveza! ¡Ja, ja, ja!

EST. (Sulfurado.) No tiene usted entrañas. Cuando debía usted de compadecerme.

MAT. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA VIII

ESTEBAN, MATILDE y TADEO

TAD. Imposible dormir... Las pesadillas no me dejan. (A Esteban.) ¿Dónde vas?

EST. Me han llamado á consulta para una enferma gravísima.

TAD. (Deteniéndole.) ¿Cuántos médicos sois?

EST. ¿Qué sé yo... Cuatro .. ¡Adiós! (Queriendo desasirse.)

TAD. ¿Cuatro? ¡Anda, corre y que en paz descanse la pobre! (Empuja á Esteban que vase por el foro precipitadamente.)

ESCENA IX

MATILDE y TADEO

Empieza á amanecer

TAD. Oye, Gabrielita; cuando quieras puedes darme el desayuno, porque me he desvelado y ya no me acuesto... (Suena el timbre del teléfono.) ¿Quién llama á estas horas al teléfono? (Aproximándose al mismo.)

MAT. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! Ahora se descubre todo.

TAD. (Colocándose el auricular.) ¿Quién es?... Sí, señora, aquí vive el doctor Bernar. ¿Que es doña Damiana? ¿Y qué es lo que usted quiere, señora doña Damiana? ¿Que vaya Bernar para que Cecilia le de una prueba de amor...? (Agitado.) Gabrielita, vete á tu habitación que aquí hace un calor sofocante. (En el teléfono y cogiendo de nuevo el auricular.) ... ¿Que su hija de usted ha encerrado á un brasileño que le hacía la corte...? Vete á tu cuarto, hija mía, que aquí hace muchísimo frío...

MAT. (Románticamente y fingiendo mucha pena.) Sí, me voy; no quiero convencerme de la infamia de mi esposo... (Finge prepararse á llorar.)

TAD. ¿Pero vas á llorar, sobrinita?

MAT. No, tío: el que va á llorar va á ser él... ¿verdad que se impone la separación?...

TAD. De ninguna manera: más separados que estais ya...

MAT. (Cómicamente, pero afectando dolor.) ¡Qué desengaño, Dios mío, qué desengaño! (Vase primera izquierda.)

TAD. (Como reflexionando.) ¡Eso será lo mejor!... (Se dirige al teléfono y llama.) ¿Doña Damiana?... Sí, soy yo. Se me ocurre una cosa, y es que venga inmediatamente á esta su casa, para poner en claro todo eso que me decía usted antes... ¿Aceptado? Aquí la espero. (Se aparta del teléfono.) ¿Es decir, que mi señor sobrino,

á los dos años de casado, se permite esta clase de distracciones? (Pausa.) Verdad que yo me las permití á los dos días de matrimonio... (Vase segunda izquierda.)

ESCENA X

LUCIANO BERNAR, disfrazado de brasileño; después TADEO

LUC. (Entrando cautelosamente; cara y traje descritos ya por él en el acto primero; acento natural.) ¡Gracias á Dios que he llegado á mi casa! Ya no soy Peinador, aunque vengo disfrazado de brasileño.—Soy Bernar, el simpático Bernar.— No he querido ir á mi otra casa á quitarme esta ropa, porque estaba impaciente hasta saber si Esteban había sido descubierto por mi esposa... Me he escapado por la ventana sin que me vea la estúpida de la madre de Cecilia... Doña Damiana me había encerrado en su tocador diciéndome: «Usted permanecerá aquí hasta que venga el doctor Bernar; queremos convencerle de que mi hija rechaza por él las posiciones más brillantes...» ¡Y ya podía yo esperar sentado á que fuese Bernar! (Oyendo ruido en la habitación de don Tadeo.) ¡Calle! ¿Esteban aquí todavía?... ¡Voy á decirle que se puede marchar...! (Empuja la puerta de la segunda izquierda y se encuentra cara á cara con Tadeo.)

TAD. ¡Caballero!

LUC. (Con acento brasileño.) ¡Cavaleiro! (Todas las palabras portuguesas usadas en el diálogo siguiente por Bernar, están escritas como se pronuncian.)

TAD. Buenos días tenga usted.

LUC Boms días, señor.

TAD. ¿Se puede saber qué busca usted en esta casa tan de madrugada?

LUC. ¿Poso saber qué faze vosa excelensia aquí tao temprano?

TAD. ¡Yo estoy en casa del doctor Bernar, con perfecto derecho!

LUC. ¡Ah!

TAD. ¡Oh! digo yo... Si usted busca al doctor, le diré que ha salido.

LUC. (Asombrado.) ¿Eh?

TAD. (Remedándole.) ¡Oh!

LUC. (Aparte.) ¿Quién será este sujeto? (Alto.) ¿Vosa exselensia diz que o doctor Bernar ha sahido?

TAD. Hace unos diez minutos.

LUC. ¿Mais vosa exselensia le ha visto?

TAD. ¡Si he pasado la noche con él y con su esposa!

LUC. (Estupefacto.) ¿Es posible?

TAD. ¡Y me ha cedido su alcoba!

LUC. ¿Y o doctor ónde se ha ido?

TAD. A la de su mujer.

LUC. ¡Qué atrosidade! (Dirigiéndose rápidamente á la primera izquierda.)

TAD. (Deteniéndole.) ¿Dónde va usted? ¿No le he dicho ya que ha salido?

LUC. (Aparte.) ¡Yo me vuelvo loco! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde se halla Esteban? (Paseando inquieto de un lado para otro.)

TAD. ¿Pero quiere usted ver á Bernar, sí ó no?

LUC. ¡No... es dizer, sí!

TAD. ¿Es usted amigo suyo?

LUC. Sí, señor, desde la infancia.

TAD. ¡Ah!

LUC. ¿Y vosa exselensia?

TAD. Yo soy pariente, también desde la infancia. (Encarándose con él.) Pero diga usted de una vez, ¿qué es lo que quiere?...

LUC. Nada, cavaleiro: pasaba por esta prasa y me dixe: ¡Qué exselente amigo es Bernar: vou á subir agora mesmo á estrecharle la mano... y he subido!

TAD. (Atónito.) ¿A las seis de la mañana y en invierno?

LUC. (Con convicción.) ¡En o Brasil es agora as douse horas da tarde!

TAD. ¿Y usted cómo se llama?

LUC. Don Cristóbal Peinador y Carvayales. ¡Soy brasileiro!

TAD. (Asombrado.) ¿Es usted por ventura el brasileño encerrado por doña Damiana?

LUC. ¡O mesmo! ¿Pero vosa exselensia cómo lo sabe? ¿Quién es?...

TAD. ¡Yo soy el rey de las nodrizas!

LUC. ¿Eh?

TAD. O mejor dicho: Tadeo López.

LUC. ¡Ah, el tio de América!

TAD. ¿Y cómo sabe usted que yo soy un tío?

LUC. Tambem sei que vosa exselensia tem fillos...

TAD. (*Conmovido.*) ¡Los tenía!... Soy viudo, estoy solo en el mundo y si tengo que comer es por un milagro...

LUC. ¿Por un milagro?

TAD. Sí, porque tengo cuarenta millones, que si no...

LUC. (*Aparte.*) ¿Qué oigo?

TAD. Y Bernar es mi único heredero.

LUC. (*Desfalleciendo.*) ¡Ay, Dios mío!

TAD. ¿Qué le pasa á usted?

LUC. ¡Nada! ¡La alegría... la emoción... cuarenta millones!... ¡Ay, qué dicha... qué suerte tan loca para Bernar! (*Se deja caer en una butaca.*)

TAD. (*Asustado.*) ¡Se ha puesto malo!... (*Llamando.*) ¡Gabriela! ¡Gabriela!

LUC. (*Levantándose.*) ¡No, no! ¡No llame usted!

ESCENA XI

DICHOS y MATILDE

MAT. (*Por la primera izquierda.*) ¿Qué sucede?

LUC. (*Aparte, estupefacto.*) ¡La señora de Medina!

TAD. Este caballero pasaba por la plaza y ha subido á saludar á tu esposo.

MAT. (*Aparte.*) ¿Quién será? (*Alto, á Luciano.*) Presumo que mi marido no tardará en volver.

LUC. (*Aparte.*) ¿Su marido? (*Alto.*) Le esperaré, no tengo prisa. (*Se sientan.*)

TAD. (*De repente.*) ¿Quiere usted tomar algo?

LUC. (*Olvidándose.*) Permita vosa exselensia: sou eu quien deve invitarle, como dueño de la casa...

TAD. (*Atónito.*) ¿Qué?

LUC. Como... al amigo del dueño... quise decir... ¿Quiere vosa exselensia Champagne?

TAD. (A Matilde.) ¿Pero hay Champagne y nada me habías dicho?

LUC. ¡Vaya si lo ha.. nada menos que tres botellas en o aparador! (Aparte.) ¡Cuarenta millones! Hay que darle cuanto pida. (Vase foro derecha.)

MAT. (Estupefacta.) ¿Pero va á registrar el aparador?

TAD. Vuestros amigos están mejor enterados que vosotros de lo que hay en vuestra casa...

LUC. (Volviendo con la botella.) Aquí está o Champagne; eu lo descorcharé.

MAT. (Aparte.) ¡Ha encontrado hasta el sacacorchos! (Luciano descorcha la botella y sirve el Champagne.)

TAD. (Después de haber bebido.) ¡Exquisito! ¡Ahora un pitillo!...

LUC. ¡Nao tenho cigarrillos, pero ha aquí habanos exselentes! (Coge una caja.)

TAD. ¿Y quién abre la caja?

LUC. Espere vosa exselensia... (Saca del bolsillo una llave pequeñita con la cual abre la caja.)

TAD. ¿Es usted el dueño de la casa ó lo es mi sobrino?

LUC. Cavaleiro, eu teño una chave que abre tudas as caixas do mondo.

TAD. (Aparte.) ¿Será un timador?

LUC. Son exquisitos... (Le da un cigarro.)

TAD. ¡Gracias! (Aparte.) Si es timador es de muy buena familia, porque es muy fino. (Llaman.)

ESCENA XII

DICHOS, GUSTAVO y BERNAR, luego DOÑA DAMIANA, y por último, ESTEBAN

MAT. (Aparte.) ¡Dios quiera que sea Bernar!

TAD. (Viendo entrar por el foro á Gustavo, trayendo á un desconocido disfrazado de Mefistófeles y con gabán encima de los hombros.) ¡El Barón de Tablada!

GUS. Aquí traigo á Bernar.

LUC. (Sobresaltándose.) ¿Eh?

BER. (A quien Gustavo ha obligado á entrar.) Señores:

ustedes me explicarán la razón de que se me traiga aquí violentamente...

TAD. (Fijándose en él descaradamente.) ¡Este no es mi sobrino!

TODOS (Gritando.) ¡No es él! ¡No es él!

TAD. ¿De dónde ha sacado usted á este individuo?

BER. (Furioso.) ¿Qué es eso de sacado?

GUS. Del baile de la Gran Vía, á donde fuí á buscar á Bernar.

TAD. ¿Mi sobrino en el baile?... ¿Quién le mandó á usted que fuera á buscarle?

GUS. (Turbado.) Pues... pues... Bernar.

TAD. (Estupefacto.) ¿Bernar le ha enviado á buscar á Bernar?...

GUS. Sí, señor. Y hasta añadió: «Usted no le reconocerá, porque va disfrazado.» Como el señor se llama también Bernar, va disfrazado y no le reconocí, por eso le he traído.

MAT. ¡Pero si no es él!

TAD. Entonces está usted aquí de más.

BER. Este señor entró en el baile gritando: ¡Bernar! ¡Bernar! Yo respondí, porque mi nombre es Bernar... Entonces me sujetó, me sacó á la calle, me metió en un coche á viva fuerza, y me ha traído aquí.

GUS. Yo ofrecí traer á Bernar vivo ó muerto: le traigo vivo, luego eso salen ustedes ganando. (Se aproxima á la mesa y se sirve champagne.)

TAD. Dispense usted, caballero, todo ha sido un error...

BER. (Furioso.) ¿Es decir, que he sido víctima de una broma pesada? (Indicando á Gustavo.) Ya que usted no ha hecho más que ejecutar las órdenes de otro señor que se llama como yo, esperaré aquí á ese caballero y le haré ver que conmigo no se juega impunemente.

TAD. ¿Luego mi sobrino es un calavera deshecho...? ¡Pues queda desheredado!

LUC. (Implorando.) ¡Por Dios, don Tadeo...! (Llaman.)

TAD. ¡Ahí está Luciano! (En son de amenaza.) ¡Ahora veremos! (Entra doña Damiana por el foro furiosa.)

LUC. (Horrorizado.) ¡Doña Damiana!

DAM. ¡El brasileño! ¿Le encierro á usted en mi casa y le encuentro aquí? ¿Pero y Bernar?

TAD. ¡No está!

DAM. Pues entonces, ¿quién me ha telefoneado que viniera?

TAD. Yo.

LUC. ¡Buena la ha hecho vosa exselencia!

TAD. ¡Señor Peinador, haga usted el favor de no meterse en lo que no le importa!

MAT. (Bajo á Luciano.) Corra usted al baile, que Gabriela le espera con dominó rosa y verde: se rinde á los encantos de usted.

LUC (Atónito. Aparte.) ¡Me engaña conmigo mismo! (Cogiendo su sombrero.) ¡Vuelvo! (Medio mutis.)

TAD. ¿Dónde va usted?

LUC. Teño una cita con mi abogado.

TAD. ¿A las siete de la mañana?

LUC. (Enloquecido y sacando el reloj.) Es mucho más tarde. Las siete y cinco. (Llaman.)

TAD. ¡Si no es Bernar, al que sea le tiro por el balcón. (Entran por el foro Esteban y al entrar tro pieza con Luciano que vase.) ¡Bernar!

DAM. ¡Si no es tampoco!

GUS. (Gritando.) ¡Sí, sí, es Bernar, es el doctor Bernar!

BER. ¡Ah! ¿Con que usted es el doctor Bernar...? ¡Pues es usted un sinvergüenza, y ahí va lo suyo! (Le suelta un par de bofetadas que le hacen caer sobre el sofá y desaparece precipitadamente por el foro. Todos acuden al sitio en que cae Esteban.)

TODOS ¿Qué es eso, qué es eso?

EST. ¡Nada, señores...! ¡Dos muelas de menos! ¡Siempre soy yo el que paga los vidrios rotos! (Confusión y sorpresa en todos.)

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos precedentes

ESCENA PRIMERA

LUCIANO, VICTORIA y ESTEBAN

Al levantarse el telón, Luciano por la segunda izquierda. Esteban duerme en el sofá. Victoria por el foro

VIC. (A Luciano.) ¿Quiere usted el desayuno?

LUC. (Secamente.) No. ¿Dónde está Esteban?

VIC. (Señalando al sofá.) Durmiendo. (Temerosa.) ¿De veras no quiere usted nada?

LUC. (Irónicamente.) ¡Sí... que me dejes en paz! (Victoria se encoge de hombros y vase por el foro. Sacudiendo bruscamente á Esteban.) ¡Esteban!

EST. (Despertándose.) ¡Ah! ¿eres tú? (Se incorpora.) ¡Chico, vaya una nochecita que me has dado!

LUC. ¿Ha vuelto Gabriela?

EST. Sí; ha hablado con Matilde; esta se ha ido y tu mujer se ha acostado.

LUC. ¿Y el rey de las nodrizas?

EST Su majestad está furioso. No hace más que repetir con toda la fuerza de sus pulmones: «¡A ese bribón de Luciano le desheredo!»

LUC. Admito lo de bribón; pero no que me desherede. De todo eso tienes tú la culpa. ¿Qué necesidad había de que tomando mi nombre, te fingieses sobrino de un tío millonario?

EST. ¡Porque quería despertar á tu mujer!

LUC. ¡Pero si no era mi mujer; si era Matilde!

EST. ¡Eso para sabido! ¿Cómo iba yo á adivinar que á tu mujer se le ocurrían también ideas luminosas?

LUC ¡Ay, Esteban, aún no lo sabes todo!

EST. (Asustado.) ¿Hay más?

LUC. Sí. ¡Esta madrugada, en el baile... el sol de mi honor ha sufrido un eclipse!

EST. (Aterrorizado) ¿Es posible?...

LUC. Conozco, trato y mantengo al seductor de mi mujer.

EST. ¿Que le mantienes?

LUC. Sí.

EST. El barón quizás.... le rompo un ala... (Amenazante.)

LUC ¡No, por Dios...!

EST. Pues entonces, ¿quién..?

LUC (Como presentándose á sí propio.) Don Cristóbal Peinador y Carvayales.

EST. ¡Acabaras!... ¡Pues no me has dado mal susto!

LUC. ¡Sí, amigo Esteban, yo me he convertido en el amante de mi mujer!

EST ¿Y cómo ha sido?...

LUC. Encontré á Gabriela en el baile. Ella vió en mí al brasileño del Bazar del Siglo... al de las enaguas, y admitió mi brazo... Al cabo de veinte minutos, bebíamos champagne, al cabo de una hora, el sol de mi honor se eclipsaba...

EST. No sigas: al buen entendedor con pocos *eclipses* basta!

LUC. ¡Luego dicen que el último que lo sabe es el marido; aquí ha sido el primero!

ESCENA II

DICHOS y GABRIELA

GAB. (Por la primera izquierda.) Buenos días, Esteban. ¿Ha dormido usted bien?

EST. ¡Deliciosamente!

LUC. (A Gabriela.) Vamos á ver, señora: ¿dónde ha pasado usted la noche?

GAB. En el baile de la Gran Vía, donde tú; estamos en paz.

LUC. ¿Y por qué fuiste al baile?

GAB. Antes quiero saber qué ha ocurrido en mi casa durante nuestra ausencia.

LUC. ¡Una friolera! ¡Que han llegado cuarenta millones acompañados de un tío de América!

GAB. ¡Un tío del que jamás me habías hablado!

LUC. Pero, ¿por qué metiste en tu cuarto á tu amiga Matilde?

GAB. ¿Y por qué ha dormido en tu cama tu amigo Esteban?

EST. (A Gabriela.) ¡Yo juro á usted que no he dormido!...

LUC. ¡No somos ya los sobrinos de mi tío!

GAB. ¡Qué lástima! ¡No ser ya los sobrinos de un tío con tantos millones!

ESCENA III

DICHOS y MATILDE

MAT. (Por el foro.) Buenos días. ¿Ocurre algo de nuevo?

GAB. (Con galantería.) En esta casa cuando no estás tú, no hay nada de nuevo... pero dejemos á un lado lo accesorio y ocupémonos ahora de lo principal... Es preciso que el tío sepa que somos nosotros sus verdaderos sobrinos.

LUC. Han embrollado ustedes la situación hasta el punto de que hay que sostenerla á todo trance.

MAT. (Después de permanecer todos cabizbajos y abstraídos.) A mí no se me ocurre nada.
GAB. Pues á mí, lo que á tí.
EST. Pues á mí... lo que á ustedes dos...
LUC. (Dándose en golpe en la frente y gritando.) ¡Ya está aquí!
TODOS (Aterrorizados y mirando á la puerta del foro.) ¡¡Quién!!
LUC. ¡¡La idea!!
EST. (Alarmado.) ¿Es luminosa?
LUC. ¡Luminosísima!
EST (Dirigiéndose á los demás.) Estamos perdidos, nos llevan á la cárcel.
LUC Vamos á hacer creer al tío que esta noche en vez de Matilde y á tí, no ha visto más que á Gabriela y á mí. Es decir, que nosotros vamos á ser vosotros. ¿Comprenden ustedes?
TODOS Comprendido.
LUC. Dejadlo todo á mi cargo. ¡Lo primero que voy á hacer es perturbar la tranquilidad de su espíritu!
TODOS ¡Magnífico!

ESCENA IV

DICHOS y GUSTAVO

GUS. (Por la segunda derecha.) Buenos días, ¿cuándo se almuerza?
LUC (Aparte.) El gorrón.
GAB. El barón de Tablada.
EST. (Aparte á Luciano.) Este va á dar al traste con tu plan.
LUC. Al contrario; me va á secundar. (Con amabilidad.) Oiga usted, simpático barón.
GUS. (Aproximándose.) Gracias por lo de simpático. (Aparte.) Este me va á despedir.
LUC. ¿Cuánto quiere usted por su barba?
GUS. ¿Está usted loco?...
LUC. Me explicaré mejor. ¿Por cuánto dinero se deja usted afeitar inmediatamente?

GUS. (Vacilando) Hombre... si se pone usted en razón...

LUC. Cincuenta pesetas.

GUS. Esa es una burla, doctor. ¡Fíjese usted bien en esta barba... sedosa, poblada, reluciente! ¡Si supiera usted cuántas mujeres se han enredado en ella!

GAB. (Riendo.) ¡Bueno: pues dale cien pesetas con mujeres y todo!

GUS. (Con petulancia.) ¿Se figuran ustedes que yo la he robado?

MAT. ¡Sean doscientas!

GUS. ¿Ustedes creen que la conservación y embellecimiento de esta barba, no me ha costado nada?

GAB. ¿Quieren ustedes que yo resuelva? Pues doscientas cincuenta... y á la barbería.

GUS. (Con solemnidad, como si se tratara de una subasta formal.) ¿No hay quién dé más? Doscientas cincuenta pesetas á la una, á las dos, á las tres. Queda adjudicada mi barba al doctor Bernar.

LUC. Perfectamente: corra usted á la peluquería y vuelva á escape. Y si en esta casa alguien le pregunta si ha tenido barba, usted dirá que nunca. ¿Ha comprendido usted?

GUS. Sí, hombre, sí. (Medio mutis veloz.)

EST. (Deteniéndole bruscamente.) Una cosa importante... Yo, ya no soy Bernar.

GUS. Lo celebro, si es que á usted le conviene... (Medio mutis.)

LUC. Otra cosa más importante. El verdadero Bernar soy yo... (Le suelta después de haberle detenido para decírselo.)

GUS. Está bien: hasta luego (Echa á correr.)

MAT. (Deteniéndole como hicieron los demás.) Y la señora de Bernar es y ha sido siempre, esta señora. (Señalando á Gabriela.)

GUS. Me alegro mucho de haberla conocido. (Otro medio mutis.)

LUC. ¿Con que estamos de acuerdo, eh?

GUS. Sí, de acuerdo... en las doscientas cincuenta pesetas. (Va á marcharse por fin y vuelve á donde están los interlocutores.) Oigan ustedes: si les

hiciera falta también que me rapasen á lo quinto podríamos fijar un precio razonable por todo.

LUC. Muchas gracias; por ahora, no.

GUS. Otra vez será. (Vase.)

LUC. (A las señoras.) Esto que hago es para sembrar la confusión en el espíritu del tío. Lo que sigue, ya lo verán ustedes.

ESCENA V

DICHOS, VICTORIA, después ROCA-PELADA y el DUQUE DE GANDESA

VIC. (Por el foro.) Los señores que vinieron anoche á hablar de la langosta.

LUC. ¿Otra vez?

VIC. Dicen que no se van sin hablar con usted.

LUC. En fin, los recibiré. Ahora me conviene estar solo. (A Esteban, por Gabriela.) Ponla al corriense de los sucesos de anoche. (Gabriela vase con Matilde y Esteban primera izquierda. Victoria hace pasar á Roca-Pelada y al duque de Gandesa.)

ROCA Señor Bernar: hemos dado cuenta de nuestra misión al barón de Tablada, el cual ha montado en cólera declarando que él no ha propuesto acuerdo alguno y menos aún el de la comida.

LUC. ¿El barón les ha dicho á ustedes que no come en mi casa? ¡Si hasta duerme en ella!

ROCA ¿Es posible?

LUC. Come, duerme, bebe y acepta regalos. ¿Qué más reparación necesita?

ROCA (Estupefacto.) Duque, ¿qué dice usted á esto?

GAN. (Idem.) ¡Que estoy envuelto en las sombras caliginosas de la ignorancia!

LUC. Si hubieran ustedes venidos un poco antes, él mismo les hubiera aclarado el enigma.

GAN. ¿Tablada acaba de salir de aquí?

LUC. Ha ido á que le afeiten.

GAN. (Estupefacto.) ¿Se quita la barba? ¿Alguna exigencia femenil?

LUC. No señor. Mi dinero me ha costado.

ROCA
GAN. } ¡Oh!

LUC. ¡Tiene que prestarme un servicio y le he comprado la barba!

ROCA (A Gandesa.) ¡Qué humillación!

GAN. ¡Ese hombre es un decadente!

ROCA ¡Nosotros apadrinando á un ser desequilibrado!

GAN. ¡Estoy seguro de que nuestros antepasados estarán muertos de vergüenza! (A Luciano.) ¿Usted no ha tenido nunca antepasados?

LUC. ¡No, señor, pero los tendré con el tiempo!...

ROCA (Despidiéndose.) Con su permiso nos volvemos á casa del barón. ¡El incidente de la barba en venta, nos ha dejado fríos!

GAN. (A Luciano.) Volveremos.

LUC. No se molesten ustedes... (Vanse por el foro Roca y Gandesa.) Ahí viene el tío. (Se acuesta en el sofá en que durmió Esteban con la cara hacia el respaldo.)

ESCENA VI

LUCIANO; después DON TADEO

TAD. (Saliendo por la segunda izquierda y aproximándose al sofá y moviendo á Luciano.) ¡Luciano!

LUC. (Volviéndose de cara á Tadeo y desperezándose.) Buenos días, tío. ¿Ha descansado usted?

TAD. Perfecta... (Parándose estupefacto.) ¿Pero, quién es usted, señor mío?

LUC. ¡Su sobrino Bernar! ¿Pero tío qué le sucede?

TAD. ¿Qué usted es Bernar? ¡Vamos, hombre, no diga usted disparates!

LUC. ¿Pero no me reconoce usted? ¡Si hemos pasado la noche juntos!

TAD. ¿La noche juntos? ¡Yo no le he visto á usted en mi vida!

LUC. (Ya en pie.) ¡Gabriela! ¡Gabriela!

ESCENA VII

LUCIANO, TADEO y GABRIELA

GAB. (Entrando.) Felices días, tío.

TAD. (Sobresaltado.) ¡Esta no es Gabriela!

LUC. ¿Qué no es Gabriela, tío?

TAD. (Restregándose los ojos.) Pero Dios mío, ¿estaré durmiendo todavía? (Fijándose en ellos.) Vamos, les digo á ustedes que ustedes no son ustedes.

LUC. Le aseguro á usted que sí somos nosotros. (A su mujer.) ¿No es verdad que nosotros somos nosotros, Gabriela?

GAB. Sí, señor, y créalo usted, siempre nosotros, hemos sido nosotros... (A Bernar.) ¿Pero qué le sucede?

LUC. Pues nada, hija, que ya no nos conoce.

GAB. ¿Estará usted enfermo? Reconócele Luciano... por Dios, ante todo la preciosa salud del tío.

LUC. Calma. A ver la lengua.

TAD. Yo no siento nada, pero en fin, véala usted. (Representando.)

LUC. Vamos, tío, no hay para qué alarmarse, siéntese usted aquí y hablemos. (Le sienta en el sofá.) Yo soy un médico célebre.

TAD. Lo siento, porque los médicos célebres son los que mandan más gente á la eternidad.

LUC. En ese cerebro ocurre algo. Empezaré por despertarle sus recuerdos. Usted llegó anoche á las once y media.

TAD. Exacto

LUC. Yo le abrí á usted la puerta y le dije en un principio que yo no era Bernar: me dijo que era usted mi tío y despertamos á Gabriela.

TAD. En efecto.

GAB. Yo salí de la alcoba y después me dió usted un collar de perlas, que según usted, vale cincuenta mil pesetas.

LUC. Y á mí un alfiler de corbata de veinte mil.

TAD. Así fué.

GAB. Y usted nos contó lo del Centro general de nodrizas.

TAD. ¡No cabe duda!

LUC. Después encerró usted á Gabriela en su alcoba y yo me quedé aquí.

TAD. Histórico todo.

LUC. Vinieron luego á buscarme para asistir á un enfermo...

TAD. (Vivamente.) ¡Y usted se fué al baile!

LUC. (Levantándose.) ¿Vé usted como se acuerda?

TAD. (Muy contento.) Luego llegó el brasileño...

LUC. (Con alegría, vivamente.) ¡Se acuerda, se acuerda!

TAD. (Con alegría grotesca) ¡Me acuerdo, me acuerdo!

GAB. Pues procede á otra prueba. (A Luciano.)

TAD. Sí, me acuerdo de todo, pero (Contemplándolos con fijeza y desconfianza.) me parece que teníais otras caras...

GAB. ¡Las mismas, tío!

TAD. (A Luciano) ¡Ah, oye! ¿y tu antiguo amigo, dónde está?

LUC. ¿El Barón de Tablada?

ESCENA VIII

DICHOS y GUSTAVO

GUS. (Por el foro, afeitado.) Aquí me tienen ustedes. Buenos días, don Tadeo.

LUC. (Aparte.) ¡El sinvergüenza escucha en las puertas!

TAD. (Estupefacto.) ¿Quién es usted?

GUS. El Barón de Tablada.

TAD. ¿Qué ha hecho usted de su barba?

GUS. ¿De qué barba?

TAD. De aquella barba rubia con que le conocí.

GUS. ¿Barba rubia? ¡Si yo jamás he usado barba!...

LUC. (Con aplomo.) ¡Nunca!

TAD. ¡Dios mío! Estoy seguro de haber visto al señor con barba rubia, ¿Estaré enfermo efectivamente?... Tómame el pulso, auscúltame... (Trata de desabrocharse y le contiene Luciano.)

LUC. No se moleste usted... Ya sé lo que padece. (Aparte.) El golpe final. (Alto.) Tío, (Con solemnidad.) ¡usted sufre de una dolencia propia de los países tórridos!

TAD. (Asustado.) ¿Incurable?

LUC. ¡Curable, cuando no acaba con el enfermo!

TAD. ¿Y cómo se llama?

LUC. (Aparentando tristeza.) ¡Varioencefalitis!

TAD. ¡Dilo otra vez, haz el favor!

LUC. (Siempre con gravedad.) ¡Varioencefalitis! (Pausa.) Es una perturbación de la vista ocasionada por la travesía del Atlántico y que consiste en no ver á las personas con la misma cara que ellas tienen.

TAD. ¡Virgen Santísima!

LUC. (Con aplomo.) ¡No hay que asustarse!... No es nada. Plan para curarla radicalmente...

TAD. Te oigo con espanto, pero te oigo...

LUC. Primeramente, descanso absoluto... Váyase usted á la cama.

GAB. Sí, sí; venga usted conmigo, pero no olvide usted nunca que *nosotros somos siempre nosotros.*

TAD. Perdóname, sobrinita; yo creí que erais todo lo contrario. (Vanse ambos segunda izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS, menos GABRIELA y DON TADEO

LUC. (A Gustavo.) Los padrinos de usted han venido otra vez. Es preciso que usted les diga que no vuelvan á poner los pies en esta casa.

GUS. ¿Mis padrinos? Está bien. (Aparte.) No sé de que se trata, pero hay que fingir saberlo todo. (Vase foro.)

LUC. (Solo.) ¡Hay que asegurar los cuarenta millones! Ahora ocupémonos de Gabriela... ¡Voy á vestirme de Peinador! (Vase foro.)

ESCENA X

VICTORIA, RAMONET y CASANOVA

RAM. (Á Victoria.) No importa; le esperaremos. (Este personaje ha de hablar siempre con mucha calma. Victoria vase foro. Ramonet y Casanova se sientan.)

CAS. Mi querido Ramonet; yo no soy más que un modesto profesor de guitarra del Centro orfeonista. Dispense usted, pues, mi inexperiencia en cuestiones de honor.

RAM. Por supuesto que correspondía al doctor mandar sus padrinos, pero nuestro amigo el señor Bernar se considera ofendido á consecuencia de la forma en que fué traído aquí del baile.

CAS ¡Estoy emocionadísimo! ¡Si se baten y se hacen sangre, me muero en el acto!

RAM. ¡Se batirán y no se harán sangre!

CAS. ¿Y no sería preferible avisar á la policía para que se presentara en el momento de empezar á batirse?

RAM. Ya veremos...

CAS. ¿Y no sería mejor aconsejar á uno y á otro, que no asistiesen al lugar del duelo y levantar después un acta diciendo que ambos habían acreditado su valor personal?

RAM. No va usted descaminado, Casanova; ya veremos...

CAS. ¿Y no sería mejor?... (Llaman dentro.)

RAM. (Enfadado.) ¿Y no sería mejor que me dejase usted en paz? En asuntos de honor mío, no entendiendo una palabra; pero en asuntos de honor ajeno soy verdaderamente una eminencia.

ESCENA XI

DICHOS y ROCA-PELADA y GANDESA

ROCA (Dentro.) Esperaremos. (Entrando por el foro; á Gandesa.) ¿No le parece, Duque?

GAN. Ciertamente. Yo quisiera concluir hoy mismo este enojoso asunto.

ROCA ¡La broma es pesadísima! ¡He visto al barón y conserva íntegra la barba! O Bernar nos da una explicación ó se bate con nosotros.

RAM. (Levantándose.) Ustedes me perdonarán, pero me parece haberles oído algo referente al señor Bernar ..

ROCA (Mirándole de arriba á abajo.) En efecto.

RAM. Pues, caballeros, precisamente nosotros somos sus padrinos.

GAN. ¡Por fin vamos á entendernos con alguien!

ROCA (Presentando á Gandesa.) El duque de Gandesa.

CAS. (Idem á Ramonet.) El señor Ramonet.

RAM. De la casa Ramonet y sobrinos, baños y aparatos ortopédicos...

GAN. (Idem á Roca.) El vizconde de Roca-Pelada.

RAM. (Idem á Casanova.) Próspero Casanova...

CAS. Profesor de guitarra del Centro Orfeonista... (Familiarmente.) Tomemos asiento. (Se sientan los cuatro.)

GAN. (Aparte á Roca.) Muy vulgares me parecen...

RAM. Por lo pronto, señores, partamos de la base de que debemos llevar al terreno á nuestros representados.

CAS. (Lanzando un profundo suspiro mirando á Ramonet.) ¡Ay!

ROCA ¿El apadrinado de ustedes quiere batirse?

RAM. ¡A toda costa!

ROCA Lo propio desea el nuestro.

GAN. Vayamos por partes: primero hablemos del pescado.

RAM. (Asombrado.) ¿De qué pescado?

ROCA De la langosta, que ha sido el origen del desafío.

RAM. Casanova, ¿sabe usted algo de la langosta?

CAS. (Levantándose y con tono doctoral.) La langosta es un insecto que mide dos pulgadas de largo, de color ceniciento, con cuatro alas, las dos exteriores membranosas...

ROCA No se trata de eso, señores. Nos referimos á la langosta que manchó el pantalón de nuestro apadrinado.

RAM. Pero, ¿quién tuvo la culpa?...

GAN. ¡La madre de la amante de Bernar!

RAM. ¿De manera que Bernar tiene una amante? ¡No puede ser, caballeros! Bernar es de Salamanca...

ROCA ¿Y qué tiene que ver eso?

RAM. Que los salamanquinos son muy formales y no tienen amantes más que en su tierra.

CAS. ¿Pero ustedes están seguros de que era langosta aquel pescado?

ROCA (Impacientado.) ¡Sí, señor, á la mayonesa!

RAM. A nosotros no nos ha hablado más que de la broma del baile.

ROCA Pero, ¿qué baile es ese?

RAM. El de la Gran Vía, de donde fué *extraído* con la mayor desconsideración, por lo cual propinó un par de bofetadas ..

GAN. No nos entendemos.

CAS. (Aparte.) Y quiera Dios que no nos entendamos.

ROCA (Levantándose.) Una proposición: nuestro amigo el barón de Tablada es el único que puede desembrollar este enredo. Vayamos todos á su casa.

RAM. ¡No le conozco! Pero ya que el sólo puede aclarar el asunto, vamos á casa del Barón. ¿No le parece, Casanova?

CAS. (Aparte, á Ramonet.) Cuente usted conmigo para todo lo que sea alargar el asunto.

RAM. (A los demás.) Señores: cuando ustedes quieran...

CSA. Pero vayamos despacito...

RAM. (A Casanova.) Bernar no ha sido franco: nos ha dicho lo del baile, pero lo del pescado se lo ha comido con espinas y todo.

CAS. Está usted equivocado, las espinas nos las ha dejado á nosotros. (Vanse todos por el foro.)

ESCENA XII

VICTORIA, después DAMIANA y CECILIA

VIC. (Por la primera izquierda. Suena el timbre.) Otra vez el timbre... Vamos á ver quien es. (Vase foro: pausa breve, transcurrida la cual aparece Victoria precediendo á Cecilia y á doña Damiana.) Señora: le repito á usted que no está el doctor.

DAM. Le esperaremos.

VIC. Como ustedes gusten. (Vase segunda derecha encogiéndose de hombros.)

CEC. Vamos, mamá, no te incomodes, ¿olvidas dónde estamos? Bernar ha prohibido que le molestemos con nuestras visitas.

DAM. Precisamente he venido por eso.

CEC. Pero ..

DAM. ¿Te parece bien lo que ha hecho? Después que le das una prueba de amor despreciando al brasileño, no se digna ir á casa y ni siquiera nos manda un recado de atención...

CEC. No habrá podido... Ten prudencia: sobre todo, mamá, te voy á hacer una confesión... El guapo y simpático brasileño...

DAM. ¿Guapo y simpático? ¿Pues no decías ayer...?

CEC. En efecto, ayer le odiaba, pero, ¿qué quieres? cuando le he visto escaparse por la ventana dejándose deslizar á lo largo del canalón, me he interesado de tal modo, que en cuanto veo un canalón suspiro acordándome del brasileño. ¡Ay, mamá! ¡Si tu supieras lo rico que es!

DAM. ¿Es rico? Pues tienes razón, es muy simpático.

CEC. ¡Riquísimo!

DAM. (Haciéndole burla.) ¿Y por qué no me lo has dicho antes y hubiera estado más expresiva con él... ¡Lo que es á Bernar le voy á armar el escándalo *ache*!...

LUC. (Dentro.) No importa, le aguardaré.

CEC. ¡La voz del Brasileño! ¿Qué querrá en esta casa?

ESCENA XIII

DICHOS, VICTORIA y LUCIANO vestido de brasileño

VIC. (Aparte.) ¡Qué facha de señor!

DAM. Si, es él, háblale y discúlpanos dulcemente.

CEC. (A Luciano.) Señor Peinador, lamentamos el incidente de ayer, del cual no somos responsables...

DAM. ¡Sírvanos de disculpa, señor Peinador, el ignorar que era usted tan rico!

CEC. ¡Mamá, por Dios!

LUC. ¡Oh, déjela usted!... A mí me gusta la franqueza: precisamente soy muy amante de las ancianas.

DAM. (Aparte.) ¡Qué bárbaro! (Alto.) ¿De modo que nos otorga usted su perdón por aquella mala pasada?

LUC. ¡Perdonadísimas!

DAM. (Con gran amabilidad.) Y diga usted, señor don Cristóbal...¿usted es amigo del doctor Bernar?

LUC. Soy uno de sus clientes. ¡El doctor Bernar es un médico notable.

DAM. (Sin poderse contener.) ¡Un curandero!

CEC. Eres demasiado dura: Bernar se ha portado bien con nosotras.

DAM. Pero ¿no estabas esperando una ocasión propicia para dejarle? Aquí la tienes. Una vez que estás tan enamorada del señor Peinador, ya puedes darle el pasaporte.

CEC. (Ruborosa.) ¡Mamá!... Eso no se dice así tan de repente.

LUC. (Fingiendo alegria.) ¿Enamorada de mí? Usted me colma de alegría, mi corazón late con la rapidez de una locomotora descarrilada.

DAM. (Aparte.) ¡Qué oigo! ¿si será indirecta?

LUC. (Aparte.) ¡Voy á lograr mis deseos! ¡Me va á engañar conmigo mismo!

DAM. Decididamente mi hija abandona al doctor Bernar por usted.

LUC. ¡Todos seremos felices!

DAM. ¡Oh, Cecilia no es exigente! ¡Un hotelito, joyas, caballos, domésticos... nada más!

LUC. Todo cuanto ustedes me pidan. Esta señorita no tendrá un hotelito, sino un gran hotel; no tendrá domésticos, sino negros, un automóvil y un globo dirigible.

CEC. ¿Un globo?

LUC. Y yo tendré el gusto de hacer la primera ascensión embarcado con su mamá solamente. (Aparte.) para soltarla desde lo más alto.

DAM. A mí no hay quien me embarque, querido yerno.

LUC. (Sin acordarse de que se está fingiendo brasileño, muy incomodado.) Ya le he dicho á usted que no me llamo yer... digo, sí, llámeme usted yerno, es muy honroso para mí.

DAM. (A Cecilia.) ¡Qué diferencia del otro zángano!

LUC. (A Damiana.) Mientras viene Bernar quisiera hablar con Cecilia de nuestro amoroso porvenir... y estas cosas íntimas se deben tratar *íntimamente.*

DAM. Eso quiere decir que me vaya. (Sin incomodarse.)

LUC. ¡Oh! No señora; eso quiere decir que debiera usted haberse marchado ya. (Con dulzura.)

DAM. (A Cecilia.) Es muy simpático y muy sincero. Abajo estoy; si veo venir á Bernar, le armo un escándalo, salen los vecinos á la escalera, y le desacredito para toda la vida.

LUC. (Abrazándola fuertemente con intención de estrujarla.) ¡Qué sentimientos tan dulces le ha dado á usted la Providencia!

DAM. (Como faltándole la respiración á causa del apretado abrazo.) ¡Ay, yerno! es usted demasiado expresivo, abraza usted de una manera que ni el oso de Fabila.

CEC. ¡Es todo corazón! (Asentimiento en Luciano.)

DAM. Hasta luego. (Aparte á Cecilia.) Dile que adelante fondos. (Vase foro, arreglándose la blusa ó el abrigo que lleva, figurando que Luciano al abrazarle se los ha estropeado.)

ESCENA XIV

DICHOS menos DAMIANA

LUC. Sentémonos ¿Usted ama á Bernar?

CEC. ¿A ese mediquillo que no sabe curar á sus enfermos, ni tampoco interesar á las mujeres que pretende? El bálsamo tranquilo y él, primos hermanos.

LUC. Sin embargo, temo que se presente y me obligue á una escena violentísima.

CEC. (Con mimo.) ¡Luchar con un médico es llevar ya desventaja!

LUC. (Sacando del bolsillo un revólver.) He aquí mi argumento más concluyente.

CEC. ¡Por Dios... que se puede disparar!

LUC. Las seis balas se hospedarán en su frente, si usted no le escribe aquí mismo despidiéndole para siempre.

CEC. Cuéntele usted por despedido. (Se levanta y acercándose al pupitre se sienta á escribir, quedando de espaldas á Bernar, el cual se apoya en el respaldo de la silla y poco á poco, conforme lo indica el diálogo, se va despojando de la barba y de la peluca de Peinador, preparándose á escribir.) ¿Quiere usted que le llame cursi?

LUC. Lo agradecerá mucho, porque merece más...

CEC. Majadero... sí, sí, majadero... Pero esto es poco... (Rompe el pliego y coge otro.) Primo Bernar...

LUC. Eso, eso: primo... yo sé qué es lo que más le ofende. (Pausa mientras escribe la carta Cecilia.)

CEC. Ya está. A ver si le gusta á usted. «Primo de mi madre y mío.»

LUC. Perfectamente... (Empieza á desfigurarse.)

CEC. «Voy á almorzar en este momento (porque supongo que desde aquí nos iremos á almorzar) con el simpático Carvayales, el rival que con su generoso desprendimiento y airoso continente...»

LUC. Perdone usted, señorita: «airoso» es sin *h*.

CEC. No importa... Con *h* me resulta todavía más airoso. (Sigue leyendo.) «...Y airoso continente, te ha vencido. Si quieres venir á acompañarnos en calidad de oyente, tendremos mucho gusto, porque así nos reiremos de tu figura de tendero de comestibles...» (Cerrando el sobre y escribiendo.) ¡Ajajá! A Luciano Bernar, curandero. Tome usted. (Le da la carta por encima de la espalda. Luciano ha quedado ya convertido en Bernar.) Que se la entreguen ahora mismo y que devuelva el sobre.

LUC. (Toma la carta, rompe apresuradamente el sobre y dice en su voz natural.) Estaba en casa y aquí tienes el sobre.

CEC. (Levantándose espantada.) ¡Dios mío, qué es esto!.. ¿Pero eres tú...? ¿Te has burlado de mí?.. Caballero: esa es una indignidad.

LUC. (Riendo.) Has caído en la trampa... juré quererte, mientras no me engañases; me has engañado y ya no te quiero...

CEC. ¿Y para llegar á esta escena grotesca, has estado haciendo el polichinela durante un mes? Pues ten entendido que desde que nos conocemos, no te he sido fiel más que cuarenta días.

LUC. ¡Qué heroísmo!

CEC. Y eso fué porque tuve la escarlatina.

LUC. ¿Luego no me has sido fiel más que en tiempo de epidemia?... Pues bien, yo jamás te he amado: adoro á mi esposa y no te he dejado antes por temor á un escándalo.

CEC. No te irás sin él... Mi madre se encargará de ello... ¡Ya sabes que los da á domicilio! (Con desprecio é imitando el acento portugués con que Luciano ha estado hablando.) Adiós, Cabaleiro da Triste figura.

LUC. (Idem.) Adiós, Dulcinea do Toboso. (Cecilia hace un gesto despreciativo que es correspondido con otro de Luciano y vase foro.)

ESCENA XV

LUCIANO solo

(Muy contento.) ¡Gracias, Dios mío! (Mirando al cielo.) ¡Libre de Cecilia y de su madre! Con qué te pagaré tan gran beneficio. Si no las vuelvo á ver, te regalo una langosta de oro del tamaño de doña Damiana. (Se vuelve á poner rápidamente la barba de brasileño.) ¡Victoria, Victoria! (Llamando.)

ESCENA XVI

LUCIANO y VICTORIA

VIC. (Por la primera izquierda.) ¿Ha llamado el señor?... ¿Cómo es que sabe usted mi nombre?

LUC. (Turbado.) No te he llamado: era que estaba pensando en un negocio que me ha salido bien y decía: ¡Victoria, Victoria! Dí á tu señora que don Cristobal Peynador desea hablarla.

VIC. Tengo orden de no pasarla recado.

LUC. Toma mil reis y olvida esa orden.

VIC. (Asombrada.) ¡Mil reales por pasar un recado! (Alargando la mano y recibiendo un duro de Luciano.) Estos no son mil reales .. es un duro.

LUC. ¡En mi tierra son mil reis justos!

VIC. (Aparte.) ¡Pues maldita sea tu tierra! (Vase primera izquierda.)

LUC. Hay que ser audaz y expresivo. Se trata de provocar una ruptura entre mi mujer y su amante: es decir, entre mi mujer y yo, que no soy yo sino el ingenioso fidalgo don Cristobal Peinador y Carbayales.

GAB. (Entrando. aparte.) Este infeliz cree que no le he conocido. Le voy á tomar el pelo. (Alto y fingiendo zozobra.) ¿Usted aquí? Me pierde us-

ted para siempre, si entra más en esta casa. (Mirando á todas partes como recelando que pueda verlos alguien.)

LUC. No puedo resistir el deseo de verla, de abrazarla, de...

GAB. ¡No se propase usted!

LUC. ¿Y por qué no me lo dijo usted en el baile?

GAB. Márchese usted, por Dios, se lo pido de rodillas... (Luciano lo evita.) Por la amistad que mi marido le profesa.

LUC. ¿Quién le ha dicho á usted que su esposo es mi amigo?

GAB. El mismo. Siempre me está hablando de usted.

LUC. (Aparte.) ¡Es el colmo de la supercheria! (Alto.) ¡Sí, es íntimo amigo mío y por eso, aunque la adoro á usted, siento al engañarle terribles remordimientos!

GAB. No tenga usted escrúpulos, que yo no tengo ninguno.

LUC. (Aparte.) ¡Qué infame! ¡Ya me las pagarás! (Alto.) Tiene usted razón; fuera los escrúpulos. Para verte más á menudo, voy á fingir una enfermedad al hígado. Estaré constantemente en esta casa, tomaré medicamentos aunque me destrocen el organismo, pero respiraré el mismo aire que tú y me estaré siempre mirando en la luz de tus ojos.

GAB. ¡Oh, qué felicidad! Hasta hoy ignoraba lo que era amor; tú has sido el primero que me has hecho saborear sus dulces delectaciones. (Se arroja á sus brazos.)

LUC. (Aparte.) Mi mujer romántica. Voy á meterla miedo para que no se propase. (Alto, levantándose.) Sí, te amaré; pero es preciso que sepas que soy voluble, como las mariposas de mi país.

GAB. ¡Yo formaré un collar con mis brazos para aprisionarte! (Abrazándole.)

LUC. Te advierto que soy brutal; me gusta pegar á las mujeres.

GAB. ¡Deliro porque me peguen! Mi sueño dorado fué siempre casarme con un domador de tigres.

LUC. Además, soy muy exclusivista; pertenezco á una raza que no admite las participaciones.

GAB. ¿Qué participaciones?

LUC. La de Bernar...

GAB. No hay que tenerle en cuenta: es un decadente.

LUC. (Aparte.) Ya te daré yo el decadente. (Alto.) Pero, dime: ¿y qué hacemos de Bernar?

GAB. Envenenarle: me pondré de acuerdo con la cocinera.

LUC. (Aparte.) Cualquier día voy yo á comer en esta casa.

GAB. Después de todo, ¿qué atenciones le debo? Le he pedido una sortija por la cual estaba encaprichada y no me la ha comprado; ¡pero yo, sabiendo el gusto que tú tendrías en que la poseyese, me la he traído y aquí tienes la factura!

LUC. (Aparte.) Entre una y otra me están dejando sin un cuarto.

GAB. Conque ya lo sabes; á tu cargo corre pagar esta cuenta: es una prueba de amor que te doy...

LUC. Nunca la olvidaré...

GAB. Me marcho, no sea que nos encuentre aquí ese despreciable... Oye una cosa, bien mío: si Bernar sucumbe pronto, ¿serás mi esposo?

LUC. ¡En el acto!

GAB. Pues ya puedes rezarle un Padre Nuestro... Adiós. (Se despide amorosamente y vase Gabriela por el foro)

LUC. (Viendo alejarse á Gabriela y aterrorizado.) Tienes razón, el despreciable de tu marido. (Leyendo la factura.) ¡Mil doscientas pesetas! Setenta y cinco pesetas el almuerzo de Colón. Ochocientas el sombrero que se compró Cecilia. Decididamente voy á dejar el papel de brasileño porque me está dando muchos disgustos y muchas facturas. (Saca del bolsillo la cartera.) Si yo me atreviera á entrar en mi despacho á coger dinero... ¿Y por qué no?... Después de todo estoy en mi casa... (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XVII

DON TADEO; después GABRIELA. VICTORIA y GUSTAVO

TAD. (Entrando.) No puedo conciliar el sueño. ¡Qué enfermedad tan rara! Con esto de que veo los objetos de forma distinta á como son en realidad, estoy aterrorizado y no me atrevo ni á fumar un pitillo. Porque es lo que me digo: Señor, ¿quién sabe si lo que yo creo cigarro, es una navaja de afeitar y me rebano las narices? Voy á preguntarle á mi sobrino si puedo tomar algo que me conforte. (Oyéndo ruido entre bastidores.) ¿Eh, quién anda ahí? (Aproximándose á la segunda derecha.) ¿Qué es esto?... ¡Un hombre en el gabinete de mi sobrino!... Abre la mesa de despacho... Tira del cajón... Coge billetes... ¡Ladrones!... ¡Ladrones!... ¡Ladrones!... (Cierra la puerta con doble vuelta. Entran Gabriela, Victoria y Gustavo.)

GAB. ¿Qué pasa, tío, por qué da usted esas voces?

TAD. En el gabinete de tu marido hay un ladrón que está cogiendo dinero de la mesa... ¡Mírale! (Se acerca Gabriela y mira por el agujero.)

GAB. Y los coge á puñados... sin pizca de vergüenza.

TAD. No te extrañe; la mayor parte de los ladrones no la conocen.

GAB. ¡Ay, tío, sosténgame usted! ¡Socorro!... ¡Que me muero!... ¡Yo no puedo más! (Se desmaya y cae sobre una butaca. Acude en su socorro don Tadeo.)

TAD. Señor Barón, corra usted y avise á la policía... (Gustavo vase.)

ESCENA XVIII

DICHOS. BARÓN DE TABLADA, un INPECTOR; después ESTEBAN y, por último, LUCIANO

BARÓN (Entrando.) ¿El doctor Bernar?

TAD. No está. (Dando aire con el pañuelo á Gabriela.)

BARÓN ¡Soy el Barón de Tablada!

GAB. (Que vuelve en sí repentinamente al oir «Tablada».) ¡El Barón de Tablada!

TAD. ¡Sí, hija mía, es el Barón, ya lo ves, con barba! (Parándose de pronto y fijándose en él.) Pero yo no le he visto á usted en mi vida.

GAB. ¿Está usted seguro de que él es el Barón?

BARÓN (Muy sulfurado.) Señora: soy el propio Barón de Tablada y no permito que se juegue conmigo: vengo en demanda de explicaciones.

INS. (Entrando por el foro acompañado de Gustavo.) ¿Dónde está el ladrón?

TAD. Señor Inspector. Un hombre acaba de meterse en el despacho de mi sobrino, el doctor Bernar, y le hemos visto abrir el cajón de la mesa...

INS. ¿Nada más que abrir el cajón? Eso no es delito...

TAD. Y sacar billetes de Banco.

INS. ¿Sacarlos nada más?... Tampoco es delito.

TAD. ¡Y guardárselos en el bolsillo!... ¿Tampoco es delito?

INS. Que se presente aquí el señor Bernar.

EST. (Entrando con Matilde.) Pero, señores, ¿cuándo hay paz en esta casa?

MAT. (A Gabriela.) ¿Qué sucede, querida Gabriela? (Hablan bajo.)

TAD. ¿Qué veo... la cara de anoche? ¡Ese... ese sí que es mi sobrino Bernar.

BARÓN (Levantándose.) ¡Ah! ¿Es usted el doctor Bernar? ¡Pues es usted un miserable! ¡En mi casa espero á sus padrinos! (Le da un empujón que le hace caer en el sofá. Todos se acercan á socorrerle.)

EST. No se apuren ustedes: estoy hecho á los coscorrones.

INS. Puesto que este caballero es el doctor Bernar, abramos la puerta y prendamos al ratero. (Todos se apartan con terror de la puerta. El Inspector, después de dar repetidas muestras de miedo, se decide y abre.) ¡Salga el que fuere! (Apuntando con el revólver. Tadeo enarbolando una silla como preparándose á descargarla sobre el primero que aparezca. Los demás también en actitud de defensa cómica. Abre el Inspector la puerta. Aparece Luciano en su traje natural. Estupefacción en todos.)

BER. Señores: ¿qué significa esta broma? ¡Estoy en mi casa!

TODOS ¡El doctor!

INS. Vamos por partes y con orden... ¿Ustedes juran que este caballero es el doctor Bernar y que está en su casa?

TODOS (Con solemnidad muy cómica) ¡Lo juramos! (Extendiendo los manos.)

TAD. Yo no juro: lo prometo.

INS. ¿Juran ustedes?...

GAB. Sí, señor; juramos que estas son escenas íntimas de familia en que nadie debe intervenir y yo juro, además, que adoro á mi marido, que le perdono con toda el alma y que de hoy en adelante viviremos muy felices. (Se coloca al lado de su marido dando muestras de reconciliación amorosa) Pero conste que te conocí desde el primer momento.

LUC. Y conste que me has dado el gran susto. Pero juro serte fiel hasta... la pared de enfrente.

GAB. (Con ingenuidad.) No, hombre; hasta la pared de enfrente no, porque está muy cerca...

LUC. (Besándole la mano y prescindiendo de los demás) Hasta la eternidad... ¡Te lo juro!

INS. Entonces yo debo jurar, ya que de jurar se trata, que estoy aquí demás. Señora... (Haciendo una cortesía y dirigiéndose á Luciano con mucha ceremonia.) Caballero; estoy á sus órdenes.. siento en el alma que no haya usted sido ladrón de verdad, porque hubiera tenido mucho gusto en prenderle, porque es usted muy simpático.

EST. (¡Qué barbaro!)

(Ríen todos y se va el Inspector. Don Tadeo, durante esta escena, se ha sentado en el sofá, y poniéndose la cabeza entre las manos, ha dado muestras de asombro y de terror: de pronto se levanta, como el que ha concebido una idea.)

TAD. (Fingiéndose alarmado y cogiendo las manos á Luciano y á Gabriela. Esteban y Matilde se acercan también con curiosidad.) Hijos míos... Perdonadme.. Yo estoy verdaderamente enfermo.

TODOS ¿Qué le sucede?

TAD. ¡Un horror!.. Yo veía los objetos de distinta forma á como ellos eran... y ésto ha hecho que en el libro talonario de mi cuenta corriente con el Banco, haya leído cuarenta millones donde decía cuatro mil pesetas... ¡Esta es toda la fortuna que os traigo!... (Afligiéndose.) ¡Yo no puedo vivir en vuestra compañía, os sería gravoso!

LUC. (Aparte á los demás.) ¡Nos ha partido!

GAB. ¡Usted vivirá siempre con nosotros! El dinero es lo secundario, habiendo tranquilidad.

LUC. Y yo sabré ganarlo para ustedes con mi trabajo y mi aplicación. Desde hoy prolongaré las enfermedades de todos mis enfermos.

TAD. (Abrazándole cariñosamente.) Y todos seremos muy dichosos. (Sacando del bolsillo interior de la americana un talonario.) Toma: este es el libro talonario; cuarenta millones he leído, y cuarenta millones dice... De algún modo había de vengarme de vuestras burlas... (Todos dan pruebas de regocijo.)

Y ahora, público y señor...

GAB. (Interrumpiéndole.)

No hay que molestarse, tío;
yo lo diré...

LUC. (Interrumpiéndola.)

No me fío,
que estás muerta de temor
y te vas á hacer un lío.

(Al público.)

El juguete ha terminado:
veremos, por las señales,
si ha sido al fin de tu agrado...

(Con resignación.)

¡A todo está preparado
Peinador y Carvayales!

TELON

Precio: DOS pesetas